



EL CHOQUE DE IDEAS ECONÓMICAS



Los grandes debates de política
económica de los últimos cien años

LAWRENCE H. WHITE

EL CHOQUE DE IDEAS ECONÓMICAS

EL CHOQUE DE IDEAS ECONÓMICAS

Los grandes debates de política económica
de los últimos cien años

Lawrence H. White

Traducción de Francisco Beltrán

Antoni Bosch editor, S.A.
Palafolls 28, 08017 Barcelona, España
Tel. (+34) 93 206 0730
info@antonibosch.com
www.antonibosch.com

Título original de la obra:
The Clash of Economic Ideas:
The Great Policy Debates and Experiments of the Last Hundred Years

© 2012 Lawrence H. White
© 2014 de la edición en español: Antoni Bosch editor, S.A.

ISBN: 978-84-95348-96-8
Depósito legal: B. 4508-2015

Diseño de la cubierta: Compañía
Fotocomposición: Enric Rújula
Corrección: Andreu Navarro
Impresión: Novoprint

Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Lista de gráficos	9
Agradecimientos	11
Introducción	13
1. El rechazo del <i>laissez-faire</i>	27
2. La Revolución bolchevique y el debate sobre el cálculo socialista	49
3. Los locos años veinte y la teoría austriaca del ciclo económico	91
4. El New Deal y la economía institucional	127
5. La Gran Depresión y la <i>Teoría general</i> de Keynes	159
6. La Segunda Guerra Mundial y el camino de servidumbre de Hayek	193
7. El socialismo de posguerra en Gran Bretaña y la Sociedad Fabiana	215
8. La Sociedad Mont Pelerin y el renacimiento de la economía de Smith	247
9. El milagro económico alemán de posguerra y el ordoliberalismo	281
10. La planificación india y la economía del desarrollo	299
11. Bretton Woods y la teoría monetaria internacional	333
12. La gran inflación y el monetarismo	369

13. El crecimiento del Estado. Bienes públicos y elección pública	399
14. Libre comercio, proteccionismo y déficit comerciales	431
15. Del dulce déficit fiscal a la amarga crisis de la deuda soberana	457
Índice analítico	493

Lista de gráficos

3.1 Un esquema de la estructura productiva	104
5.1 El flujo circular keynesiano	168
5.2 El equilibrio keynesiano entre gastos e ingresos	169
5.3 Un menor gasto en consumo (que se reduce de C_1 a C_2) tiene un efecto multiplicador sobre la renta (que cae de Y_1 a Y_2)	171
5.4 La frontera de posibilidades de producción entre el consumo y la inversión	173
7.1 El señor Cubo se opone a la nacionalización de la empresa azucarera Tate and Lyle	220
12.1 Curvas de Phillips a largo y corto plazo	396

Agradecimientos

La primera persona con la que estoy en deuda es David Rose, mi antiguo colega y director de departamento en la University of Missouri en Saint Louis, por haberme encargado dar el curso de *Historia del pensamiento económico* que marcó el inicio de este proyecto y por crear un ambiente propicio para llevarlo a cabo. El Centro de Filosofía y Política Social de la Bowling Green State University me cedió generosamente un despacho durante parte del semestre de primavera (o lo que en el noroeste de Ohio llaman así) de 2008, donde redacté el borrador de los siete primeros capítulos. Jeff Paul, Ellen Frankel Paul, Fred Miller y sus alumnos de posgrado en el Centro realizaron valiosos comentarios. En otoño de 2009 me trasladé a la George Mason University, donde mis nuevos colegas dieron la bienvenida a mi proyecto, me hicieron numerosos comentarios y me sugirieron referencias muy útiles, en particular Peter Boettke, Don Boudreaux, Dan Klein, David Levy y Richard Wagner. El apoyo económico del Mercatus Center de la George Mason University ha sido indispensable a la hora de completar el libro. Además, el centro me ayudó distribuyendo los borradores de varios capítulos como parte de su serie de documentos de trabajo. Quiero agradecer en especial a Claire Morgan, Brian Hooks y Tyler Cowen su ayuda en este sentido.

En mayo de 2010, el Liberty Fund organizó uno de sus Seminarios Socráticos en torno al manuscrito, que aun no estaba completado, lo cual fue de mucha utilidad. Estoy en deuda con Chris Talley y con Amy Willis, del Liberty Fund, por hacer posible el evento; con Bruce Cadwell, de Duke University, por dirigir el debate, y con todos los asistentes por sus incisivas preguntas y sus útiles comentarios: Peter Boettke, Tawni Ferrarini, Emily Fischer Gray, Ryan P. Hanley, Bobbie Herzberg, Jeff Hummel, Nyle B. Kardaztke, Arnold Kling, Maria Pia Paganelli, Alex Potapov, Russ Sobel y Diana Weinert Thomas. Los comentarios por escrito de

los alumnos de Bruce Cadwell en Duke y los comentarios personales de los de Doug Irwin en el Dartmouth College me proporcionaron una información muy valiosa desde la perspectiva del lector. Durante la redacción del libro he presentado varios capítulos en las reuniones anuales de la Asociación para la Educación sobre la Iniciativa Privada, y quiero dar las gracias a los que han organizado las sesiones, en especial a Bruce Yandle y a Debi Ghate. Agradezco a Israel Kirzner y a Mario Rizzo sus detallados comentarios al tercer capítulo durante un seminario en la New York University. Dave Hakes realizó valiosas observaciones sobre el capítulo 12 en una de las reuniones de la Asociación de Economía de Midwest Valley. Gurbachan Singh organizó amablemente un seminario en torno al capítulo 10 en la Jawaharlal Nehru University, en Delhi. Doy las gracias a los siguientes alumnos de posgrado por su valiosa participación en los debates del seminario: Simon Bilo, Nick Curott, Harry David, Thomas Hogan, Will Luther y Chuck Moulton.

Estoy en deuda con muchas personas en muchos lugares por su ayuda a la hora de encontrar datos históricos, referencias y documentos. Entre ellas están Neera Badhwar, John Blundell, Bruce Cadwell, Balakrishnan Chandrasekaran, Richard W. Fulmer, Steve Horwitz, Jeff Hummel, Doug Irwin, Ekkehard Köhler, Meir Kohn, Shruti Rajagopalan, Mario Rizzo, George Selgin, Gurbachan Singh, T. N. Srinivasan y John Wood. Hubo un comentarista anónimo de Cambridge University Press cuyas recomendaciones fueron especialmente útiles con vistas a la revisión final.

Joey Bahun y Alex Salter fueron muy eficientes como ayudantes de investigación, y Kyle O'Donnell confeccionó el índice onomástico.

Justo antes de comenzar este proyecto, mi valiente primo Roger Hitchner me donó uno de sus riñones. Sentarse a escribir, y no digamos cualquier otro aspecto de una vida normal, habría sido mucho más difícil si hubiera seguido recibiendo hemodiálisis.

Mi mayor agradecimiento es para mi esposa, Neera Badhwar, por su amor y su apoyo.

Introducción

Los últimos cien años han sido testigos de fascinantes experimentos en materia de política económica. Entre otros, la aparición de los bancos centrales en numerosos países; el dirigismo económico durante la Primera Guerra Mundial; la planificación central comunista en la Unión Soviética, Europa del Este y China; el fascismo en la Italia de Mussolini; el nacionalsocialismo en la Alemania de Hitler; el New Deal de Roosevelt en Estados Unidos; el sistema monetario internacional de Breton Woods y la adopción de políticas macroeconómicas keynesianas después de la Segunda Guerra Mundial; importantes programas de nacionalización en la Gran Bretaña de posguerra; la reaparición de los principios de libre mercado en la Alemania de posguerra; los planes quinquenales de tipo soviético en la India; el abandono del patrón oro en favor de un sistema de fluctuación entre divisas nacionales con tipos de cambio flexibles; regulación, desregulación y vuelta a la regulación en todo el mundo; el colapso y el rechazo del comunismo en Rusia y en Europa del Este; políticas de crecimiento basadas en el mercado en los “tigres” asiáticos y después en China y en la India; políticas “neoliberales” que promueven la globalización de las actividades económicas. En años recientes, una penosa serie de acontecimientos –una burbuja inmobiliaria a escala planetaria, seguida por el colapso de instituciones financieras gigantescas, seguida por onerosos rescates y nacionalizaciones por parte de los Estados, seguido por déficit y crisis fiscales que han batido todos los récords– ha devuelto a la política monetaria, la regulación, las nacionalizaciones y la política fiscal al centro del escenario de la política económica en todo el mundo.

Tras estas idas y venidas en materia de política económica se oculta un choque de ideas económicas continuo y en ocasiones extremo. Los capítulos subsiguientes estudian las conexiones entre los acontecimientos históricos y las discusiones entre los economistas, y entre los enfoques

académicos y los grandes experimentos en materia de política económica, y se sumergen de forma selectiva en la historia de las doctrinas económicas –hasta los tiempos de Adam Smith cuando sea necesario– para entender la forma en que las ideas económicas surgieron y evolucionaron a lo largo del tiempo hasta llegar a su forma definitiva.

Los economistas son conocidos por sus desavenencias a la hora de recomendar unas políticas públicas u otras. “Si pudiéramos reunir a todos los economistas en un mismo lugar, aun así no lograrían ponerse de acuerdo”, reza una de las versiones del chiste que se suele atribuir (sin prueba alguna) a George Bernard Shaw. Dado que este libro se centra en los desacuerdos, debo hacer una advertencia. Las partes del pensamiento económico aplicable más directamente a las políticas públicas no comprenden la totalidad de la teoría económica y, en las partes restantes, hay un desacuerdo menor y una mayor colaboración. Dado que los ciudadanos corrientes no están tan familiarizados con el trabajo de los economistas que no tiene una implicación inmediata en las políticas públicas, y que se centra básicamente en los aspectos técnicos del análisis y la comprensión de los fenómenos económicos observados, es fácil formarse la impresión equivocada de que los desacuerdos en materia de economía aplicada ocupan más tiempo del trabajo del economista profesional del que ocupan en realidad. El economista George Stigler señaló con acierto en una ocasión:

Afirmar que los economistas rara vez se posicionan en términos políticos y que huyen de la polémica será difícil de creer para la mayoría de los no economistas y puesto en duda por muchos de los profesionales del gremio. Creo que el motivo que sustenta esta opinión es que, al tratar de economía con alguien que no es economista, hay pocas cosas de las que hablar, a excepción de las políticas públicas. Las personas corrientes encontrarían en gran medida incomprensible [el trabajo técnico del economista]. El típico artículo de las revistas profesionales guarda poca relación con las políticas públicas y, al parecer, tampoco tiene mucho que ver con el mundo real.¹

Este libro se centra en la teoría económica y el trabajo empírico relacionados con las políticas públicas, aunque gran parte de las obras que trataremos fue escrita para otros economistas más que para el público en general. Los diversos capítulos prestan atención a la esencia y el impacto de las diferentes posturas. ¿Cómo han pensado y argumentado los

¹ George Stigler, “The economist as Preacher”, en Kurt R. Leube y Thomas Gale Moore, coords., *The Essence of Stigler*, Stanford, CA, Hoover Institution Press, 1986, pág. 305.

economistas acerca de las grandes cuestiones de la política económica? ¿Qué tipo de influencia han ejercido sobre las políticas públicas y sobre el diseño de las instituciones?

Dado que este libro va a centrar su atención en las áreas de la economía relacionadas directamente con las políticas públicas, es conveniente abordar estas cuestiones una a una, enmarcándolas en una discusión histórica o en el área de política pública apropiada. Este enfoque contrasta con otras historias del pensamiento económico más ortodoxas, que analizan sucesivamente las obras de los autores por orden cronológico empezando por los antiguos, los escolásticos o los mercantilistas. En cada capítulo, siempre que sea necesario para entender la forma en que los economistas llegaron a ciertas conclusiones acerca de la cuestión de que estemos tratando, realizaremos un viaje en el tiempo hasta los debates y los desarrollos teóricos de siglos anteriores. Si fuera necesaria una justificación de este enfoque no lineal, podríamos hallarla en la figura del director de cine Quentin Tarantino, que declaró a un periodista británico: “Cuando rodé de forma no cronológica *Reservoir Dogs* y *Pulp Fiction*, no lo hice para demostrar lo listo que era. Al rodarlas así, esas historias salieron ganando desde un punto de vista narrativo”.² En ocasiones, la forma más dinámica de contar la historia de un debate intelectual también exige la utilización de *flashbacks*. Por tanto, el lector no debe pensar que los capítulos que siguen son un caos cronológico o bien que se van por las ramas. Se les puede calificar como *tarantinianos*, sólo que no tan sangrientos y con un lenguaje menos soez.

Un repaso a los capítulos siguientes

Los acontecimientos y los debates que vamos a examinar fueron elegidos por su relevancia histórica y por la luz que arrojan sobre la forma en que han evolucionado las visiones contrapuestas que protagonizan las principales controversias actuales en materia de política económica. Las teorías que influyen en las políticas públicas rara vez surgen de una torre de marfil aislada del mundo o únicamente como respuesta a otras teorías. Los economistas leen el periódico. Las teorías se adaptan e incorporan los acontecimientos y los problemas del momento. Este es el motivo por el que este libro emplea la historia de los últimos cien años para contextualizar los debates de política económica.

² Quentin Tarantino, “Interview with Quentin Tarantino”, *Guardian*, 5 de enero, 1998, disponible en <http://www.guardian.co.uk/film/1998/jan/05/quentintarantino.guardianinterviewsatbfisouthbank1?INTCMP=SRCH>

El capítulo primero va a preparar el terreno al describir el pensamiento económico en vísperas de la Primera Guerra Mundial. Este capítulo presenta a dos personajes que van a reaparecer a lo largo del libro, el economista inglés John Maynard Keynes y el economista austriaco Friedrich A. Hayek. Cada uno de los capítulos subsiguientes comienza abordando un problema económico importante que provocó o reavivó el debate entre los economistas, o con una nueva política pública en la que los economistas jugaron un papel relevante. El segundo capítulo estudia la cuestión de la planificación económica centralizada frente al sistema de precios de mercado, puesta de manifiesto crudamente por la revolución bolchevique de 1917 y desarrollada en el crucial “debate sobre el cálculo socialista”. El capítulo 3 analiza las teorías del ciclo económico anteriores a Keynes –en concreto, la teoría desarrollada por Hayek y otros economistas austriacos– en el contexto del *boom* de los locos años veinte, que acabó con el *crash* bursátil de 1929. Al *crash* siguió, a principios de la década de 1930, el experimento del New Deal en Estados Unidos, y el capítulo 4 rastrea sus orígenes hasta la Escuela Institucionalista norteamericana, representada en particular por el economista Rexford G. Tugwell. La Gran Depresión persistía, y el capítulo 5 nos cuenta cómo el libro de Keynes de 1936 *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* promovió una revolución en el pensamiento sobre las causas de los auges y las depresiones económicas.

El capítulo 6 se centra en un libro muy distinto, *Camino de servidumbre*, que Hayek publicó en 1944 y que nace de su preocupación por la continuación de las políticas de planificación central aplicadas durante la Segunda Guerra Mundial. En el periodo inmediatamente posterior a la guerra, cada país siguió caminos muy distintos en materia de política económica. El capítulo 7 repasa la política de nacionalizaciones llevada a cabo por el Partido Laborista en Gran Bretaña, y explora los vínculos entre estas políticas y el ideario socialista que la Sociedad Fabiana había desarrollado y defendido incansablemente durante las seis décadas precedentes. El capítulo 8 nos cuenta la historia de un grupo que defiende un enfoque muy distinto, la Sociedad Mont Pelerin, que Hayek fundó tras la guerra para reunir a los adversarios intelectuales del socialismo. En los capítulos 9 y 10 veremos los casos concretos de dos países que tomaron direcciones muy distintas y que obtuvieron resultados también muy distintos en los treinta años siguientes. Alemania, influida por algunos economistas de la Sociedad Mont Pelerin siguió la dirección del mercado y prosperó. Por el contrario, la India, influida por los teóricos fabianos, adoptó una política de nacionalizaciones y planes quinquenales casi de tipo soviético y no prosperó.

Los dos capítulos siguientes analizan la evolución de los regímenes y las políticas monetarias durante la posguerra. El capítulo once nos

cuenta la historia de la conferencia de Bretton Woods de 1944 y de cómo y por qué Keynes y otros economistas presentes acordaron establecer un sistema monetario internacional que redujo el papel del oro y permitió un mayor margen de maniobra para las políticas monetarias nacionales. Por razones sobre las que los economistas no se ponen de acuerdo, el sistema de Bretton Woods llegó a su fin en 1971. Su colapso coincidió con la llegada de un periodo de elevada inflación que –según veremos en el capítulo 12– abonó el terreno para el resurgimiento y el desarrollo de las teorías “monetaristas” de Friedman y otros autores, que hicieron frente de este modo al dominio del pensamiento keynesiano. El capítulo 13 presta atención al crecimiento del Estado durante la posguerra y compara dos importantes teorías económicas que ven este aumento de forma muy distinta, la teoría de los bienes públicos, muy favorable al mismo, y la teoría de la elección pública, bastante más escéptica. El aumento del comercio internacional en el periodo de posguerra sirve de contexto para abordar en el capítulo 14 un sempiterno debate como es el protagonizado por los partidarios del libre mercado y los proteccionistas. El capítulo 15 analiza el choque entre los keynesianos y los economistas “neoclásicos” a propósito de los costes y los beneficios de la deuda y el déficit públicos. El debate sobre los déficit y la deuda ha reaparecido de forma espontánea con las crisis de deuda soberana de Grecia y de Irlanda en 2010, seguidas por Portugal en 2011 –con Italia y España en el punto de mira–, y con el creciente endeudamiento de otros gobiernos, incluyendo Estados Unidos y Gran Bretaña.

¿Tiene consecuencias el pensamiento económico?

¿Tienen alguna importancia las polémicas doctrinales entre los economistas a la hora de diseñar las políticas públicas? ¿Tiene consecuencias la ideología económica? Los economistas tampoco se ponen de acuerdo sobre esta cuestión. Tanto Keynes como Hayek pensaban que las ideas económicas tenían un gran impacto en las políticas públicas. En su artículo “Los intelectuales y el socialismo”, Hayek decía lo siguiente:

Los puntos de vista de los intelectuales determinan las políticas del mañana [...] Lo que a un observador de nuestros días le parece una disputa surgida de un conflicto de intereses, en realidad se ha decidido mucho antes en una confrontación de ideas que ha tenido lugar en círculos más restringidos.³

³ F. A. Hayek, “The Intellectuals and Socialism”, en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Nueva York, Simon & Schuster, 1969, pág. 179 [hay trad. cast.: *Estudios de*

En un pasaje de su libro de 1936 *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, Keynes afirmaba que a los economistas, por razones obvias, les encanta pensar que:

Las ideas de los economistas y de los filósofos políticos, tanto si tienen razón como si están equivocados, son más poderosas de lo que se suele creer. De hecho, lo que mueve el mundo no es mucho más que esto. Los hombres prácticos, que creen estar a salvo de toda influencia intelectual, suelen ser esclavos de algún economista del pasado. Algunos locos que ejercen el poder, y que creen oír voces dentro de su cabeza, deben su locura a algún escritor de hace unos cuantos años.⁴

Otros economistas discrepan de la hipótesis de Hayek y Keynes. El gran economista italiano Vilfredo Pareto ofreció un punto de vista completamente opuesto en su libro *The Mind and Society* (1935). En opinión de Pareto, son los grupos políticos dominantes en una sociedad los que, preocupándose por maximizar sus intereses –en un entorno sociopolítico dado–, determinan qué políticas económicas va a adoptar el Gobierno y qué teorías económicas van a prevalecer entre los académicos.

Pareto resumió su punto de vista tomando como ejemplo la política comercial internacional. Cuando la opinión de las élites, “un estado mental que en gran medida es fruto de intereses económicos, políticos y sociales individuales y de las circunstancias en las que uno vive”, se inclina hacia el proteccionismo, argumentaba Pareto, la política comercial de un país acabará girando hacia el proteccionismo. Al mismo tiempo, “se observaran cambios [en la teoría del comercio] y nuevas teorías favorables al proteccionismo se pondrán de moda”. Así, “un observador que no profundizara demasiado podría pensar que [la política comercial] había cambiado porque [la teoría del comercio] también lo había hecho”, cuando, en realidad, ambas habían cambiado debido a circunstancias e intereses concretos. Nos estamos engañando si pensamos que los teóricos influyen en los que toman las decisiones políticas: “Los debates teóricos [...] no son, por tanto, demasiado efectivos a la hora de modificar” las políticas públicas.⁵

filosofía, política y economía, Madrid, Unión Editorial, segunda edición, 2012]. De ahí el título del libro.

⁴ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Londres, Macmillan, 1936, pág. 383 [hay trad. cast.: *Teoría general de la ocupación, interés y el dinero*, Barcelona, Ciro Ediciones, primera edición, 2011].

⁵ Vilfredo Pareto, *The Mind and Society*, vol. I, edición de Arthur Livingston, traducción de Andrew Bongiorno y Arthur Livingston, Nueva York, Harcourt Brace, 1935, pág. 168. [Traducción inglesa del *Trattato di sociologia generale*, publicado por Pareto en 1916. Hay trad. cast.: *Forma y equilibrios sociales*, Madrid, Minerva Editores, 2010.]

El economista de la Universidad de Chicago George Stigler mantuvo una postura igualmente escéptica. En su conocido artículo “El economista como predicador” animaba a sus colegas de profesión a abandonar la esperanza de que al sermonear a los políticos acerca de las bondades de la eficiencia económica los pudieran convencer para que abandonaran sus decisiones ineficientes. Stigler opinaba que “la creencia en que las políticas públicas a menudo son ineficientes porque están basadas en enfoques erróneos no tiene mucho fundamento”, porque no puede explicar por qué políticas como el establecimiento de aranceles se vienen aplicando durante décadas pese a que se conocen sus efectos negativos. En su lugar, los economistas deberían asumir que los políticos persiguen sus propias metas, que no coinciden con la prosperidad general, y que los aranceles equivalen a una “acción deliberada” que permite alcanzar los objetivos de los políticos con un grado “tolerable” de eficiencia. En concreto, “los aranceles promueven la redistribución de la renta hacia los grupos bien conectados con el poder político, y no sólo encarnan la incomprensión del público” hacia la idea de que el libre comercio incrementa la prosperidad de todos.⁶ No obstante, es algo paradójico que Stigler se molestara en predicar este mensaje entre sus colegas economistas, a quienes, por la misma lógica, deberíamos considerar como interesados perseguidores de sus propios fines cuando se empeñan en mantener su prédica.

En respuesta al pasaje de Keynes sobre la influencia de los “escritores académicos” citado anteriormente, un seguidor de Pareto comentaba lo siguiente:

En cuanto a los escritores, el político tiene donde elegir, ya que no existe prácticamente ninguna hipótesis que no le haya sido expuesta en un momento dado por uno de los llamados economistas. Por tanto, lo cierto es que es el político, no el escritor, el que determina la tendencia.⁷

Algunos casos que vamos a abordar en los siguientes capítulos parecen demostrar las tesis de Pareto, especialmente aquellos en los que una determinada política ha precedido a su justificación teórica. Los políticos defendían el déficit público “keynesiano” mucho antes de que los argumentos de la *Teoría general* de Keynes en favor de tales políticas estuvieran disponibles. (Ideas parecidas eran conocidas desde hacía bastante tiempo, pero pocos economistas de prestigio las habían apoyado.)

⁶ George Stigler, *The essence of Stigler*, págs. 308-309.

⁷ Otto von Mering, “Some Problems of Methodology in Economic Thought”, *American Economic Review*, 34, marzo, 1944, parte 1, pág. 97.

Otros casos significativos se ajustan mejor a la opinión de Keynes y de Hayek de que las teorías académicas tienen un importante impacto en la formulación de las políticas públicas, como la abolición de los aranceles impuestos por la British Corn Law de 1846 (que veremos en el capítulo 14) o la aplicación de los primeros programas del New Deal en 1933 (capítulo 4).⁸

La estructura de la producción intelectual

Los bosques explotados comercialmente producen árboles destinados a los aserraderos. Allí son convertidos en madera que, a su vez, las empresas transforman en muebles para el consumidor final. Las observaciones de Hayek y de Keynes nos proponen una estructura similar para la producción intelectual. Los investigadores económicos de alto nivel producen teorías abstractas que los especialistas en economía aplicada transforman en propuestas políticas menos abstractas que, a su vez, los periodistas y los intelectuales reúnen en libros de consumo masivo, artículos de opinión y comentarios en la radio y en la televisión destinados a los políticos y al público en general. James M. Buchanan y Richard E. Wagner han descrito la expansión del pensamiento keynesiano precisamente así: “La aceptación de las teorías de Keynes en Estados Unidos se produjo paso a paso, de los economistas de Harvard a los economistas en general, de ahí a los periodistas y, por último, a los políticos en el poder”.⁹

En la etapa inicial de la producción intelectual, los economistas académicos que desean dar a conocer su visión del mundo desarrollan teorías que, esperan, otros investigadores consideren útiles y novedosas. Estos economistas difunden sus descubrimientos por medio de artículos en revistas académicas y en libros publicados, a menudo, por editoriales universitarias. Algunos ejemplos de trabajos económicos destinados a un público de economistas que vamos a estudiar en los siguientes capítulos incluyen *La teoría general del empleo, el interés y el dinero*, de Keynes; *The Pure Theory of Capital* de Hayek, y *A Theory of the Consumption Function*, de Milton Friedman. En una etapa posterior –la investigación aplicada–, los economistas académicos y los que trabajan en los *think tanks* desarrollan aun

⁸ Para una perspectiva crítica sobre los intelectuales y el impacto de sus ideas, véase Thomas Sowell, *Intellectuals and Society*, Nueva York, Basic Books, 2010.

⁹ James M. Buchanan y Richard E. Wagner, *Democracy in Deficit*, San Diego, Academic Press, 1977, pág. 6. El economista más importante de entre los que utilizaron y divulgaron las teorías keynesianas en Harvard durante la posguerra fue Alvin Hansen, tal como se expone en el capítulo 15.

más estas ideas, en particular contrastándolas con los hechos históricos y la evidencia estadística, con la esperanza de que los periodistas y los enseñantes de cursos de economía las consideren útiles e interesantes. Esto se traduce en la publicación de libros para un público cultivado, o bien de manuales e informes. Algunos ejemplos de este tipo de publicaciones son *Essays on Persuasion*, de Keynes; *Camino de servidumbre*, de Hayek, y *Capitalismo y libertad*, de Friedman.

En un tercer momento (estas etapas son, por supuesto, algo arbitrarias), los periodistas y, en ocasiones, los propios economistas, seleccionan y combinan estos estudios aplicados para proveer de ideas a los políticos y al público en general. Dan clases a los estudiantes universitarios, publican artículos de opinión en periódicos y revistas, y participan en tertulias en la radio y la televisión. Friedman y Paul Samuelson, ambos economistas premiados con el Nobel, eran articulistas habituales de la revista *Newsweek*. Thomas Sowell, un antiguo alumno de Friedman, escribe una columna que se publica en numerosos medios. Paul Krugman, un antiguo alumno de Samuelson, publica una columna y un blog en *The New York Times*. (Por supuesto, ni Sowell ni Krugman escriben únicamente de economía en sus artículos.) El economista John Kenneth Galbraith escribió libros que se convirtieron en superventas y presentó un programa en la cadena PBS, *The Age of Uncertainty*. Friedman respondió con su propio programa en la misma cadena, *Free to Choose*.

En la etapa final de la producción y la distribución de ideas de política económica encontramos su aplicación al mundo real en forma de políticas públicas. Si ordenamos todas estas etapas de arriba abajo, con las ideas fluyendo desde las alturas teóricas (pensemos en la “torre de marfil”), la política ocuparía el escalón más bajo, algo que algunos considerarán apropiado. No obstante, el verdadero motivo para describir la actividad intelectual de esta forma es dar una mayor concreción a la idea de que para entender los cambios en la política económica, uno debe entender la evolución anterior de las ideas económicas partiendo de su gestación inicial como pura teoría.

Estados frente a mercados

Las ideas en materia de política económica chocan cuando sus defensores poseen puntos de vista distintos sobre el papel del Estado en la economía. Tal como declaraba el narrador (con esa voz solemne que emplean en ocasiones los narradores) de la serie de documentales *The Commanding Heights*, emitida por la cadena de televisión PBS en 2002, el siglo xx ha sido testigo de:

Una batalla que ha durado un siglo por ver quién iba a hacerse con el mando de las economías del mundo, los Estados o los mercados. Es la historia de un combate intelectual para determinar qué sistema económico iba a beneficiar realmente a la humanidad...¹⁰

Por “puestos de mando” de una economía –una frase acuñada por el revolucionario ruso Vladimir Ilich Ulianov, Lenin– hemos de entender en este caso las instituciones que guían la economía al decidir dónde se va a invertir el dinero. El control del Gobierno sobre estos sectores clave se aprecia en su dirección de los bancos y las industrias más importantes (la propiedad formal del Estado no es necesaria si la regulación es lo suficientemente extensa), en el dominio del mercado de deuda por parte de las emisiones estatales, en un mercado reducido o inexistente para la compraventa de acciones de empresas privadas, y quizá también en la presencia de un órgano de planificación centralizada.

¿Es el libre mercado, guiado por las fuerzas impersonales de las pérdidas y las ganancias, mejor que las órdenes del Gobierno a la hora de dirigir la inversión de forma que produzca la mayor prosperidad? El descubrimiento fundamental de la economía como disciplina –su contribución más importante a la comprensión de la vida social y al combate a las políticas perjudiciales– consiste en que, bajo las condiciones adecuadas, emerge un orden social que, sin necesidad de coordinación centralizada, alcanza de forma efectiva los objetivos de sus participantes. Según el análisis de Adam Smith y su conocida expresión, a los inversores “los guía una mano invisible” que vincula su búsqueda particular de beneficios con la mayor contribución posible a la prosperidad general de la economía (algo que no entraba en sus planes). El capítulo 8 examina esta idea de Smith en detalle, mientras que el capítulo trece aborda algunas objeciones contemporáneas a la misma. En cualquier caso, el debate acerca de si es mejor que el Estado dirija la economía o que lo haga el mercado aparece en cada uno de los capítulos del libro.

Hay que señalar que cuando los economistas se preguntan “qué sistema económico va a beneficiar realmente a la humanidad” se refieren normalmente a la satisfacción de las preferencias humanas tal como existen en la actualidad, y no a la mejora moral de los seres humanos. De esta forma pueden centrarse en las relaciones de causalidad que su formación económica les ha preparado para analizar y dejar un tanto de lado las cuestiones de filosofía moral. Si un economista afirma que

¹⁰ *The Commanding Heights Episode One: The Battle of Ideas*, transcripción del vídeo, disponible en http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html.

“si el Gobierno grava el consumo de whisky con un impuesto, entonces disminuirá su venta”, está formulando una proposición neutra desde un punto de vista moral. La afirmación es tan verdadera para el que defiende que los vendedores y compradores de whisky puedan satisfacer sus preferencias como para el que quiere reducir las ventas de whisky mediante un impuesto cuando la llamada a la moderación no ha servido de mucho.

El ideal de la neutralidad valorativa (en ocasiones se emplea como equivalente la expresión alemana *wertfreiheit*) debe recomendarse encarecidamente en la investigación económica pura. Por el contrario, la elaboración de políticas públicas difícilmente puede evitar las proposiciones normativas o valorativas. Alguien cuyo consejo se apoye en afirmaciones tales como “el Gobierno *no debe* interferir en la satisfacción de las preferencias del consumidor realmente existentes” o “es mejor que la sociedad disfrute de una renta real media más elevada que de una más baja” está introduciendo proposiciones normativas –controvertidas o no– que se encuentran fuera del ámbito de la economía positiva. A menudo, los economistas no formulan de manera explícita las proposiciones normativas que subyacen a sus recomendaciones en materia de políticas públicas. La crítica a una determinada recomendación puede deberse al rechazo de sus presupuestos normativos o al análisis positivo implícito en ella, o bien a ambas cosas. Si queremos ser claros, es útil especificar a qué nos estamos refiriendo.

Una mayor satisfacción de las preferencias se refleja en los aspectos de la vida a los que damos importancia. En la mayoría de los casos se puede juzgar estos aspectos a través de indicadores que se pueden cuantificar, como una mejor alimentación, una mayor esperanza de vida, más tiempo libre, un mayor nivel de satisfacción material, una mayor oferta de ocio, y la posibilidad de disfrutar de la cultura y de la naturaleza. Si tomamos la palabra *prosperidad* como un concepto genérico que expresa la abundancia de medios a través de los cuales los individuos pueden satisfacer sus preferencias, y suponiendo que la mayor parte de nosotros deseamos disfrutar de una mayor prosperidad, y no de una prosperidad menor, entonces la pregunta clave para un análisis económico que responda al interés de la mayoría es ¿qué sistema económico –el control ejercido por los “puestos de mando” del Estado o del mercado– da lugar a una mayor prosperidad? La respuesta a esta pregunta depende, a su vez, de otras cuestiones analíticas relacionadas con ella. ¿Cómo se comporta cada uno de estos sistemas y por qué? Los economistas que apuestan por un mercado prácticamente libre de interferencias estatales tienden a plantear el dilema en términos de un voto a favor o en contra del control estatal. Por el contrario, los que apuestan por un mayor

papel del Estado tienden a plantear el debate como una búsqueda del equilibrio óptimo entre el mercado y el control estatal.

Socialismo y capitalismo

La forma más simple de denominar un sistema de control estatal sobre los “puestos de mando” de la economía, es decir, sobre el sistema financiero y los sectores económicos más importantes, es socialismo. Sin embargo, existen tantos tipos distintos de socialismo como formas diferentes de control estatal sobre los “puestos de mando”. La alternativa, consistente en dejar las finanzas y la producción en manos privadas y guiadas por el libre mercado –competencia, pérdidas y ganancias, oferta y demanda, el sistema de precios– se suele llamar *capitalismo*. Esta expresión tampoco es sencilla. El “capitalismo de libre mercado” o simplemente la “economía libre” son formas mucho mejores de designar a la antítesis del socialismo, porque frases tales como “capitalismo de compinches” o “capitalismo de Estado” se suelen emplear para hacer referencia a una economía industrial dirigida más por el Estado que por las fuerzas del mercado.

Jeffrey Sachs, un economista de la Universidad de Columbia conocido por sus esfuerzos por convencer a los gobiernos de los países ricos de que ofrezcan más ayuda a los países pobres, ha resumido como sigue el resultado de las batallas que se han producido durante el siglo xx en materia de política económica:

En parte, lo que ha sucedido es una revolución capitalista a finales del siglo xx. La economía de mercado, el sistema capitalista, se ha convertido en el único modelo válido para la mayor parte del mundo.¹¹

Sachs utiliza la expresión “sistema capitalista” como un sinónimo bastante neutral desde un punto de vista valorativo de “economía dirigida por el mercado”. Es evidente que otros la han empleado de una forma menos neutral. Es sabido que, en el siglo xix, Karl Marx dio a la expresión “sistema capitalista” (o simplemente “capitalismo”) connotaciones muy negativas. Así como monarquismo es un régimen que favorece a unos monarcas privilegiados y mercantilismo es aquel que favorece a unos comerciantes igualmente privilegiados, en el sentido que le da Marx, “capitalismo” es un régimen que favorece a unos capitalistas privilegiados, los dueños de la riqueza financiera que buscan maximizar sus

¹¹ *Ibíd.*

beneficios. David N. Balaam y Michael Veseth señalan que el análisis de Lenin, al igual que el de Marx, “se apoya en el supuesto de que está en la naturaleza del capitalismo que las estructuras financieras y productivas de los países favorezcan a los poseedores del capital”.¹² Analizaremos los puntos de vista de Marx en el capítulo 2. Según Marx, el capitalismo implica la explotación de los trabajadores por parte de los capitalistas. Marx profetizó que, aunque el capitalismo moderno había desplazado al feudalismo medieval mediante un sistema productivo mucho más sofisticado, acabaría dando paso inevitablemente al socialismo y, finalmente, al comunismo, un sistema centrado en comunas de trabajo cuyos recursos estarían bajo propiedad colectiva.

Las connotaciones marxistas del término *capitalismo* hicieron que Hayek admitiera que él mismo lo empleaba “con un cierto rechazo, debido a que sus connotaciones modernas hacen de él un producto de la interpretación socialista de la historia económica”. Posteriormente explicó que el término “tiende a malinterpretarse, porque evoca un sistema que básicamente beneficia a los capitalistas, aunque en realidad se trate de un sistema que impone a las empresas una disciplina que contraría a los gestores y de la cual todos quieren escapar”.¹³ Para Hayek, al igual que para Adam Smith, el objetivo de promover una economía competitiva de mercado con una propiedad privada y diversificada era favorecer los intereses de los trabajadores y los consumidores, no de los hombres de negocios como clase. El choque de ideas económicas es distinto al choque de los grupos de intereses políticos. El tema central de los capítulos siguientes no consiste en un debate sobre qué intereses debe servir la economía, sino cómo se puede maximizar la prosperidad del participante medio en la economía.

¹² David N. Balaam y Michael Veseth, *Introduction to International Political Economy*, segunda edición, Nueva York, Prentice Hall, 2001, pág. 69.

¹³ F. A. Hayek, “Introduction”, en Hayek, coord., *Capitalism and the Historians*, Chicago, University of Chicago Press, 1954 [hay trad. cast.: *El capitalismo y los historiadores*, Madrid, Unión Editorial, segunda edición, 1997]. Hayek, *Law, Legislation, and Liberty*, vol. 1, Chicago, University of Chicago Press, 1973, pág. 62 [hay trad. cast.: *Derecho, legislación y libertad: una nueva formulación de los principios liberales de la justicia y de la economía política*, Madrid, Unión Editorial, primera edición, 2006].

El rechazo del *laissez-faire*

Un inteligente doctorando en matemáticas llamado John Maynard Keynes comenzó su primer y último curso de economía en la majestuosa Universidad de Cambridge, en Inglaterra, en otoño de 1905. Keynes iba a pasar ocho semanas estudiando bajo la tutela del célebre profesor Alfred Marshall. Durante el verano se había leído la última edición, la tercera, de los *Principios de economía* de Marshall, una síntesis de doctrinas clásicas y contemporáneas que constituía el manual de economía más importante del mundo anglosajón. Marshall pronto quedó impresionado con el talento económico de Keynes. También Keynes estaba impresionado consigo mismo. “Creo que soy bastante bueno”, le confió a un amigo íntimo, antes de añadir que “es tan fácil y fascinante comprender el funcionamiento de estas cosas”. Una semana más tarde, Keynes escribe: “Marshall es bastante pesado con la idea de que me convierta en un economista profesional”.¹

Una pausa en los combates durante los últimos meses de la Primera Guerra Mundial ofreció a un joven teniente llamado Friedrich Hayek la oportunidad de hojear sus primeros textos económicos (sin contar los panfletos socialistas que había leído en la universidad) en un campamento militar austriaco a orillas del río Piave, en el norte de Italia. Se trataba de dos libros que le prestó un joven oficial. Más tarde se preguntaría por qué los libros no le habían causado una “aversión permanente por la materia”, dado que eran “los peores textos de economía que uno pueda imaginar”. Al volver a la Universidad de Viena tras la guerra, el joven veterano “se enganchó” a la economía al descubrir un libro de un profesor

¹ Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, vol. 1, London, Macmillan, 1993, págs. 165-166 [hay trad. cast.: *John Maynard Keynes. T.1. Esperanzas frustradas 1883-1920*, Madrid, Alianza Editorial, 1996].

ya retirado, Carl Menger. *Los principios de economía de Menger (Grundsätze der Volkswirtschaftslehre)*, escritos en 1871, habían impulsado una revolución marginalista y subjetivista en la teoría económica, una revolución que aportó las nuevas ideas contenidas en la síntesis de Marshall. Hayek encontró el libro “fascinante y satisfactorio”.²

Keynes y Hayek van a desempeñar un papel protagonista en el choque de ideas económicas durante la Gran Depresión. Sus ideas han formado parte de los debates más importantes en política económica desde entonces. En 2010 y 2011, su rivalidad intelectual llegó incluso a plasmarse en dos vídeos que se convirtieron en un fenómeno en Internet.³

John Maynard Keynes

John Maynard Keynes (1883-1946) era hijo del economista inglés John Neville Keynes. En la Universidad de Cambridge, donde daba clase su padre, estudió matemáticas, pero también mostró interés por la filosofía y, como se ha dicho, tomó un curso de economía con Marshall. Tras un breve periodo trabajando en la administración pública, Keynes empezó a dar clases en el departamento de Economía de Cambridge en 1909, apoyado por Marshall, y se convirtió en el director del *Economic Journal* dos años más tarde. En 1915 comenzó a trabajar como asesor y después como funcionario del Ministerio de Finanzas británico. Cuatro años más tarde, a la edad de treinta y seis años, Keynes formó parte de la delegación británica en la Conferencia de Paz de Versalles que siguió a la Primera Guerra Mundial. Su recuento crítico del tratado de paz, *Las consecuencias económicas de la paz* (1919), le granjeó una fama mundial.

En las tres décadas siguientes, Keynes se mantuvo ocupado escribiendo libros y artículos, dando clases en Cambridge, dirigiendo el *Economic Journal*, especulando en los mercados financieros londinenses y aseso-

² F. A. Hayek, *Hayek on Hayek: An Autobiographical Dialogue*, editado por Stephen Kresge y Leif Wenar, Chicago, University of Chicago Press, 1994, págs. 47-48 [hay trad. cast.: *Hayek sobre Hayek: un diálogo autobiográfico*, Madrid, Unión Editorial, 2011]. Hayek identificaba a los autores de estos dos libros terribles simplemente como “Grunzel” y “Jentsch”. Puede que se refiriera a Josef Grunzel, *Grundrisse der Wirtschaftspolitik*, Viena, Hölder, 1909-1910, y a Carl Jentsch, *Grundbegriffe und Grundsätze der Volkswirtschaft*, Leipzig, Grunow, 1895.

³ “Fear the Boom and Bust” y “Fight of the Century”, escritos por John Papola y Russ Roberts y disponibles en línea en econstories.tv. El primer vídeo fue subido a YouTube en enero de 2010, y recibió más de 800.000 visitas durante el primer mes. En julio de 2011 ya iba por los dos millones y medio de visitas. Su continuación (estrenada en abril de 2011) sobrepasó el millón de visitas.

rando al Gobierno británico.⁴ En todas estas actividades, Keynes mostró lo que Daniel Yergin y Joseph Stanislaw han descrito como “una amplia curiosidad y una inteligencia extraordinaria [...] combinada con una permanente actitud de rebeldía social e intelectual, cabezonería y el estilo de vida de un bohemio y esteta de Bloomsbury”.⁵ Aunque todas las relaciones sexuales que había mantenido en su juventud habían sido con hombres,⁶ hacia 1922 Keynes sorprendió a sus amigos de Bloomsbury al comenzar a frecuentar la compañía de Lydia Lopokova, una bailarina rusa. Se casaron en 1925 y fueron felices durante el resto de sus días.

En *A Tract on Monetary Reform* (1923), Keynes se mostraba en desacuerdo con una vuelta, en la posguerra, al patrón oro con la paridad tradicional, argumentando que ello forzaría una dolorosa disminución de precios y salarios. En su lugar, el banco central debía dejar flotar el tipo de cambio y establecer un nivel de referencia. En *A Treatise on Money* (1930, dos volúmenes), publicado a principios de la Gran Depresión, Keynes formula una teoría del ciclo económico inspirada en el trabajo de su profesor Alfred Marshall y en el del economista sueco Knut Wicksell. Hayek criticó con dureza su trabajo en una larga reseña dividida en dos partes. Keynes volvió a la mesa de trabajo y publicó el libro por el que es más conocido, *La teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936). Allí defendía que el producto agregado de la economía está determinado por la demanda agregada, y que el componente más volátil de esta última es el gasto en inversión. El diagnóstico keynesiano de la Gran Depresión puede resumirse en que los inversores han perdido empuje. Como solución propone que el Gobierno aumente el gasto público para impulsar la demanda agregada y, en particular, la inversión. Veremos en detalle esta teoría y sus precedentes en el capítulo 5.

⁴ Para una cronología detallada de la carrera de Keynes véase <http://www.maynardkeynes.org/keynes-career-timeline.html>. La biografía canónica de Keynes es la de Robert Skidelsky, *John Maynard Keynes*, 3 vols., London, Macmillan, 1983, 1992 y 2000. También está disponible en un único volumen abreviado, Nueva York, 2005.

⁵ Daniel Yergin y Joseph Stanislaw, *The Commanding Heights: The Battle for the World Economy*, Nueva York, Simon & Schuster, 2002, pág. 40. Bloomsbury fue un barrio de moda en Londres.

⁶ Keynes registró sus aventuras sexuales en su diario secreto. Para conocer algunos detalles véase el apéndice “A Key for the Prudient: Keynes’s Loves, 1901-1915”, en D. E. Moggridge, *Maynard Keynes: An Economist’s Biography*, Londres, Routledge, 1992.

Friedrich Hayek

Friedrich August von Hayek (1899-1992) también vino al mundo en una familia intelectual, siendo su padre profesor de botánica en la Universidad de Viena. Tras servir durante el último año de la Primera Guerra Mundial como recluta en el frente italiano, Hayek volvió a casa para estudiar economía y psicología en la Universidad de Viena, aunque finalmente se decantó por la primera, en parte porque las perspectivas laborales eran mejores. Hayek estudió con Friedrich von Wieser, un seguidor del economista Carl Menger, un neoclásico temprano (cuyas ideas se abordan en el capítulo 8). Tras licenciarse comenzó a trabajar con el principal economista de Viena, Ludwig von Mises. Entre marzo de 1923 y mayo de 1924 Hayek disfrutó de una excedencia en Estados Unidos, donde conoció a muchos de los economistas norteamericanos más importantes del momento. Tras su retorno a Viena pasó a dirigir un instituto de investigación sobre el ciclo económico que había fundado Mises.

Aunque siendo estudiante simpatizó con el socialismo, el libro de Mises *Socialismo* (1922) tuvo mucha influencia en él, y posteriormente añadió a la crítica de Mises sus propias críticas al “socialismo de mercado” contemporáneo (véase el capítulo 2). La colección de artículos de Hayek *Individualism and Economic Order* (1948), incluyó sus críticas al socialismo de mercado y también textos importantes sobre el papel esencial que ejercen los precios como señales que permiten a la sociedad coordinar el esfuerzo de millones de decisores independientes. Hayek destacó el maravilloso resultado alcanzado por el sistema de precios, un complejo orden económico a través de la coordinación de millones de planes y unidades dispersas de información –que permite un uso eficiente de los recursos– sin un plan centralizado.⁷

En su mayoría, los primeros trabajos de Hayek estaban dedicados al problema del ciclo económico. Hayek publicó *Teoría monetaria y el ciclo económico* en alemán en 1929, y *Prices and Production* en 1931, este último libro, en inglés y basado en las charlas que había dado en la London School of Economics. El departamento de Economía de la LSE, dirigido por Lionel Robbins, contrató a Hayek tras estas charlas, donde dio clases hasta 1950. En la teoría del ciclo económico de Hayek, basada princi-

⁷ Para una biografía intelectual de Hayek véase Bruce Caldwell, *Hayek's Challenge*, Chicago, University of Chicago Press, 2004. Véanse también Gerald P. O'Driscoll, Jr., *Economics as a Coordination Problem. The Contributions of Friedrich A. Hayek*, Kansas City, Sheed Andrews & McMeel, 1977, y G. R. Steele, *The Economics of Friedrich Hayek*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993. Para los propios recuerdos de Hayek véase F. A. Hayek, *Hayek on Hayek: An Autobiographical Dialogue*, ed. por Stephen Kresge y Leif Wenar, Chicago, University of Chicago Press, 1994.

palmente en los trabajos anteriores de Mises y de Wicksell, un crédito artificialmente barato impulsa el auge económico. (Tanto Keynes como Hayek se apoyan en la obra de Wicksell, si bien en partes distintas de la misma.) Inevitablemente, este auge impulsado por el crédito acaba en colapso, porque unas insostenibles facilidades para conseguir crédito han atraído la inversión hacia sectores que demuestran ser escasamente rentables cuando –como es normal– los tipos de interés suben para alcanzar el equilibrio. Veremos en detalle esta teoría y las precedentes en el capítulo 3. *Prices and Production* fue una obra muy criticada por Keynes y otros. Tras volver a la mesa de trabajo, Hayek publicó *Profits, Interest and Investment* (1939) y *The Pure Theory of Capital* (1941).

Durante la Segunda Guerra Mundial, Hayek publicó el libro por el que es más conocido, *Camino de servidumbre* (1944). En él advierte de los riesgos de la planificación centralizada para la libertad social e individual (véase el capítulo 6). En 1947, Hayek fundó la Sociedad Mont Pelerin para reunir a los pocos liberales clásicos que quedaban y que compartían su oposición a la tendencia hacia un mayor papel del Estado en la economía y la sociedad (véase el capítulo ocho).

Habiendo redirigido sus investigaciones desde la economía pura a la filosofía social, y tras haber abandonado a su primera esposa para casarse con otra mujer (lo que le distanció de Robbins), Hayek pasó a formar parte en 1950 del Committee on Social Thought de la Universidad de Chicago.⁸ Allí fue donde escribió *La constitución de la libertad* (1960), una muestra de su filosofía política liberal clásica. Volvió a Europa en 1962 para ocupar una cátedra en la Universidad de Friburgo, en Alemania. En 1974 recibió el premio Nobel de Economía, otorgado por el Banco de Suecia. Dos años más tarde, a la edad de setenta y siete años, publicó un libro particularmente radical que abogaba por la desnacionalización del dinero. En su último trabajo, *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo* (1989), volvió al tema del socialismo.⁹

⁸ La otra mujer era su prima Helene, de la que había estado enamorado en la escuela. Estuvieron escribiéndose durante años y volvieron a verse en Viena en 1946. Hayek pasó el semestre de primavera de 1951 en la Universidad de Arkansas para beneficiarse de la regulación progresista de ese Estado en materia de divorcio. Para detalles adicionales sobre el divorcio de Hayek véase Alan Ebenstein, *Hayek's Journey: The Mind of Friedrich Hayek*, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2003, pág. 123.

⁹ F. A. Hayek, *The Denationalisation of Money*, segunda edición, Londres, Institute of Economic Affairs, 1978 [hay trad. cast.: *La desnacionalización del dinero*, Barcelona, Ediciones Folio, 1996]. Hayek, *The Fatal Conceit: The Errors of Socialism*, editado por W. W. Bartley III, Chicago, University of Chicago Press, 1988 [hay trad. cast.: *La fatal arrogancia: los errores del socialismo*, Madrid, Unión Editorial, 1990].

Keynes sobre el final del *laissez-faire*

Keynes rechazó claramente la doctrina de la mano invisible de Adam Smith. En el primer párrafo de una charla dada en 1924 y publicada en 1926 como artículo con el título “El final del *laissez-faire*”, afirmó lo siguiente:

El mundo no está gobernado desde arriba de forma que los intereses individuales y los sociales vayan a coincidir siempre, ni tampoco está gobernado desde abajo de forma que coincidan en la práctica. No es correcto deducir de los principios económicos que un interés propio ilustrado opere siempre en favor del interés público. Tampoco es cierto que el interés propio sea generalmente ilustrado; más bien, los individuos que actúan de forma independiente unos de otros para lograr sus propios objetivos suelen ser demasiado ignorantes o débiles para alcanzarlos.¹⁰

En concreto, Keynes estaba en desacuerdo con que las fuerzas descentralizadas del mercado fueran adecuadas para determinar el volumen y la asignación del ahorro y la inversión:

Creo que se necesita una cierta acción coordinada y razonable para determinar en qué grado es deseable que la sociedad en su conjunto ahorre, en qué grado estos ahorros deben salir del país en forma de inversiones en el exterior, y si la organización actual de los mercados de inversión canaliza los ahorros hacia los sectores nacionales más productivos. No creo que estas cuestiones deban depender por completo de las decisiones individuales y del lucro privado, como dependen en la actualidad.¹¹

En la *Teoría general*, Keynes destacaría que no se puede esperar que las fuerzas de mercado contribuyan de forma suficiente a la inversión agregada. Un Gobierno experto debe tomar el control en este caso.

Las opiniones de Keynes y Hayek sobre el papel del Estado

Keynes estaba firmemente convencido de que el Estado debía ejercer un mayor control sobre la economía. Hayek estaba firmemente convenci-

¹⁰ John Maynard Keynes, “The End of *Laissez-faire*” [1926], en Keynes, *Essays in Persuasion*, Nueva York, W. W. Norton, 1963, pág. 312 [hay trad. cast.: *Ensayos de persuasión*, Barcelona, Ediciones Folio, dos volúmenes, 1997].

¹¹ *Ibíd.*, págs. 318-319.

do de que el Estado debía interferir menos en las fuerzas del mercado. Ellos representarán en el libro dos ideas opuestas debido a su influencia, no a que defendieran las posiciones más extremas en el debate. Keynes no deseaba la abolición de los mercados, como sugerían los pensadores comunistas, y rechazó el comunismo ruso por tres motivos: en primer lugar, “destruye la libertad y la seguridad en la vida cotidiana”; en segundo lugar, su teoría marxista “no sólo está equivocada desde un punto de vista científico, sino que no posee interés ni es de aplicación práctica en el mundo moderno”, y las obras marxistas son, en general, “una basura rimbombante”; por último, “exalta al rudo proletariado frente a la burguesía y los intelectuales”; dicho de otro modo, se mofa de gente como Keynes y su círculo.¹² Hayek no deseaba abolir el Estado, tal como sugerían los pensadores anarco-capitalistas. (Sí, ciertamente existen defensores serios de la economía de mercado sin Estado.)¹³

Durante la mayor parte del siglo xx, el enfoque de Keynes de que el Estado debía desempeñar un mayor papel en la economía prevaleció entre los creadores de opinión. Por ello, el papel del Estado aumentó. Aunque Keynes no defendía una completa planificación estatal, sí apoyaba un mayor grado de planificación. En una carta a Hayek en que respondía a la crítica de éste a la planificación estatal en *Camino de servidumbre*, Keynes escribió:

Debo decir que lo que queremos no es ausencia de planificación, o siquiera menor planificación. De hecho, debo decir que lo que queremos es seguramente más planificación.¹⁴

En la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* (1936), Keynes defendía una “socialización más o menos amplia de la inversión”, porque estaba convencido de que éste era “el único camino para garantizar la proximidad al pleno empleo”. En este sentido, los agregados macroeconómicos le interesaban más que los detalles de la asignación de recursos,

¹² John Maynard Keynes, “A Short View of Russia”, en Keynes, *Essays in Persuasion*, págs. 299-300.

¹³ Dos contribuyentes importantes son Murray N. Rothbard, *For a New Liberty*, edición revisada, Nueva York, Collier, 1978, y David D. Friedman, *The Machinery of Freedom*, Chicago, Open Court, 1989. Una obra muy conocida de filosofía política, *Anarchy, State, and Utopia*, de Robert Nozick, Nueva York, Basic Books, 1974 [hay trad. cast.: *Anarquía, Estado y utopía*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988], dedica su primer tercio a luchar con el anarcocapitalismo. Tanto sus defensores como sus críticos están representados en Edward P. Stringham, coord., *Anarchy and the Law*, Oakland, CA, Independent Institute, 2007.

¹⁴ Donal Moggridge, coord., *John Maynard Keynes, The Collected Writings*, vol. 27: *activities, 1940-1946*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, pág. 387.

mientras señalaba que su defensa de la “socialización de la inversión” no equivalía a un socialismo estatal si por ello se entendía la propiedad pública de las fábricas:

Lo importante no es que el Estado asuma la propiedad de los instrumentos de producción. Si es capaz de determinar el volumen agregado de recursos destinados a aumentar esos instrumentos y el tipo de interés básico de aquellos que los poseen, habrá logrado todo lo necesario.¹⁵

No es necesario que el Estado posea las fábricas si puede determinar el volumen adecuado de inversión agregada. Keynes aconsejaba un volumen de inversión mayor del que pensaba alcanzaría el mercado. Un volumen más elevado de inversión reduciría la tasa de beneficio. Keynes pronosticaba la “muerte del rentista” (la persona que vive de las rentas) y la “muerte del poder acumulado de opresión del capitalista”, haciendo referencia con ello a una política que dejaría el tipo de interés en un nivel tan bajo –quizá incluso igual a cero– que ningún poseedor de riqueza iba a poder vivir exclusivamente del beneficio de su inversión.¹⁶

Keynes también propuso un mayor papel del Estado en el mercado de trabajo, preguntándose, en un texto escrito en 1925, “si los salarios debían ser determinados por las fuerzas de la oferta y la demanda, de acuerdo con las doctrinas del *laissez-faire*, o bien si debíamos empezar a limitar la discrecionalidad de estas fuerzas remitiéndonos a aquello que es ‘justo’ y ‘razonable’ cuando se tienen en cuenta todas las circunstancias”.¹⁷

La economía política en la Época Progresista estadounidense

El apoyo teórico a la expansión del papel estatal en la economía no empezó en modo alguno con Keynes. De hecho, ni siquiera lo hizo en el siglo xx. Por ejemplo, a finales del siglo xix Estados Unidos entró en un periodo de transformación ideológica tendente a favorecer un Estado más intervencionista, un periodo que conocemos como la Época Progresista. Numerosos economistas tuvieron un papel importante en este

¹⁵ John Maynard Keynes, *The General Theory of Employment, Interest, and Money*, Londres, Macmillan, 1936, págs. 377-378.

¹⁶ Allan H. Meltzer, *Keynes's Monetary Theory: A Different Interpretation*, Nueva York, Cambridge University Press, 1988, señala que “Keynes estaba a favor de la dirección estatal de la inversión desde mediados de la década de 1920” (pág. 5) y considera la *Teoría general* como el intento de Keynes de aportar un fundamento teórico para esta creencia tan arraigada.

¹⁷ John Maynard Keynes, “Am I a Liberal?”, en Keynes, *Essays in Persuasion*, pág. 333.

movimiento ideológico y político, proponiendo argumentos y promoviendo leyes que aumentarían el papel del Gobierno federal en la economía, desde la Ley Antitrust de Sherman (1890) a la Ley sobre Alimentos y Medicinas (1906) o la Ley sobre la Reserva Federal (1913). Como ha expresado Thomas C. Leonard, “en las tres o cuatro décadas posteriores a 1890, la economía estadounidense se convirtió en una ciencia para expertos en políticas públicas, y los economistas fueron un factor decisivo para que el Estado asumiera un papel mucho mayor en la economía estadounidense”.¹⁸

A finales de las décadas de 1870 y 1880 muchos jóvenes economistas estadounidenses volvían de realizar sus estudios de posgrado en Alemania con ideas y puntos de vista que eventualmente cristalizaron en una escuela de pensamiento que vino a ser conocida como economía institucional. En 1885, Richard T. Ely, de la Universidad Johns Hopkins, que entonces tenía treinta y cinco años, llevó a un grupo de estos economistas a fundar la Asociación Económica Americana (AEA). La AEA pronto se convirtió en la principal asociación profesional de economistas, y sigue siéndolo, pero uno de sus objetivos iniciales consistía en organizar a los economistas que se oponían a las teorías del *laissez-faire*. La declaración inicial de principios de la AEA afirmaba que “el Estado es una agencia cuya colaboración constituye unas de las condiciones indispensables del progreso humano”.¹⁹ Ely y el economista John R. Commons fueron importantes a la hora de influir en la reforma de las políticas del mercado de trabajo durante la Época Progresista como líderes de la American Association for Labor Legislation (AALL). La AALL se fundó en 1906 y tuvo a Ely como primer presidente y a Commons como uno de sus primeros secretarios.²⁰

Ely y sus compatriotas se veían a sí mismos como una “nueva escuela” de disidentes de la economía clásica y neoclásica y de la doctrina del *laissez-faire*. En 1886, Ely escribió acerca de la “controversia entre los economistas de la vieja escuela”, en referencia, por un lado, a los economistas

¹⁸ Thomas C. Leonard, “Eugenics and Economics in the Progressive Era”, *Journal of Economic Perspectives*, 19, otoño de 2005, pág. 207.

¹⁹ Sobre la vida y la influencia de Ely, véase Benjamin G. Rader, *The Academic Mind and Reform: The Influence of Richard T. Ely in American Life*, Lexington, University Press of Kentucky, 1966. Bradley W. Bateman y Ethan B. Kapstein citan la declaración de principios de la AAE en “Between God and the Market: The Religious Roots of the American Economic Association”, *Journal of Economic Perspectives*, 13, otoño de 1999, pág. 253. El institucionalismo y sus orígenes alemanes se abordan en el capítulo 4.

²⁰ David A. Moss, *Socializing Security: Progressive Era Economists and the Origins of American Social Policy*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1996; John Dennis Chasse, “The American Association for Labor Legislation: An Episode in Institutional Policy Analysis”, *Journal of Economic Issues*, 25, septiembre de 1991, págs. 799-828.

clásicos y neoclásicos y los defensores del *laissez-faire* y, por otro, a los economistas de la “nueva escuela en Estados Unidos”, una expresión que hacía referencia a institucionalistas y a progresistas como él mismo. Ely describe a los pensadores de la “nueva escuela” como científicos en busca de la verdad cuyas investigaciones históricas habían descubierto las ventajas de la organización de los trabajadores en sindicatos y del derecho de huelga, que habían encontrado en el socialismo “verdades importantes y fructíferas que desgraciadamente habían sido ignoradas”, y que habían “desterrado muchos dogmas prevalecientes” en relación con la política fiscal ortodoxa. A consecuencia de ello, ahora había “economistas políticos que enseñaban diversas doctrinas a partir de las teorías heredadas por los elementos más influyentes de la sociedad”. Ely desarrolló este mismo tema con mayor profundidad en una monografía escrita en 1884, donde vinculaba explícitamente la nueva escuela en Estados Unidos con las enseñanzas de los economistas históricos alemanes.²¹

En esa misma década, en Gran Bretaña, la principal ofensiva de los economistas contra el *laissez-faire* estuvo basada, en gran medida, en el hallazgo de excepciones teóricas a dicha regla más que en la investigación histórica. Henry Sidgwick observó, en sus *Principles of Political Economy* (segunda edición, 1887), que aunque la mayor parte de los economistas de su época aun consideraban las ventajas del *laissez-faire* en el ámbito del comercio internacional —es decir, el libre comercio unilateral—, “tan evidentes y poderosas como un axioma matemático”, este campo constituía una excepción, y “sólo unos cuantos fanáticos emplearían ahora un lenguaje parecido a la hora de hablar de cualquier otra aplicación concreta de la doctrina genérica del *laissez-faire*”. La vieja idea de que “el interés particular de los individuos siempre les conduciría hacia aquellas actividades industriales que promovieran una mayor riqueza y un mayor bienestar de la comunidad de la que formaban parte”, junto a una creencia similar en “la armonía de los intereses de cada una de las clases industriales con el interés de la comunidad en su conjunto”, declaró Sidgwick, “se han desvanecido en nuestros días”. En su lugar “los economistas admiten la necesidad de la intervención gubernamental para promover la producción” en al menos algunos casos.²²

²¹ Richard T. Ely, “Introduction”, en Henry Adams et al., *Science Economic Discussion*, Nueva York, Science Co., 1886, págs. V-X; “The Past and Present of Political Economy”, *Johns Hopkins University Studies in Historical and Political Science* Second Series III, marzo de 1884.

²² Henry Sidgwick, *Principles of Political Economy*, segunda edición, Londres, Macmillan, 1887, págs. 487-488. El capítulo 14 aborda la defensa de Sidgwick de una excepción teórica al libre comercio.

Sidgwick era un conocido utilitarista. La teoría utilitarista –la idea de que debemos intentar maximizar la felicidad agregada– comenzó a ser cada vez más influyente tras la publicación en 1789 de la *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, de Jeremy Bentham. James Mill defendió con fuerza las ideas de Bentham a principios del siglo XIX. Aunque los propios Bentham y Mill estaban convencidos de que el libre mercado era el mejor instrumento para maximizar la felicidad, en realidad el mensaje del utilitarismo a los economistas consistía en que no se podían defender de entrada las políticas de *laissez-faire*. En su lugar había que evaluar de manera pragmática cada una de las propuestas de intervención pública para estimar si sus beneficios sociales eran mayores que sus costes. Aplicando este enfoque utilitarista, economistas clásicos de finales del siglo XIX como John Stuart Mill y Henry Sidgwick consideraron un creciente número de actividades como excepciones al *laissez-faire* y como situaciones en las que era probable que el Estado pudiera promover un aumento del beneficio social neto.²³

Keynes no fue el primero en dar la espalda a las ideas del *laissez-faire*

Que muchos economistas anteriores a 1930 formularan argumentos contrarios al *laissez-faire* y apoyaran la causa del progresismo puede sorprender a aquellos que piensan que, con anterioridad a Keynes, los economistas casi siempre habían defendido dejar funcionar al mercado. Por fortuna o por desgracia, la devoción de los economistas a la doctrina del *laissez-faire* se ha exagerado mucho, tanto en el caso de los economistas anteriores a la Gran Depresión como en el de los economistas actuales.²⁴ El premio Nobel de 2009 y columnista del *New York Times* Paul Krugman nos ofrece un ejemplo del primer tipo de exageración:

Hasta que John Maynard Keynes publicó la *Teoría general del empleo, el interés y el dinero* en 1936, la economía –al menos en el mundo anglosajón– estaba

²³ Sobre el papel del utilitarismo de Bentham en el declive de las ideas del *laissez-faire* entre los economistas británicos después de Adam Smith, véase Ellen Frankel Paul, *Moral Revolution and Economic Science: The Demise of Laissez-faire in the Nineteenth-Century British Political Economy*, Westport, CT, Greenwood Press, 1979. En el capítulo 7 prestamos más atención a esta cuestión.

²⁴ Como evidencia del muy minoritario estatus de los puntos de vista del *laissez-faire* entre los economistas actuales y una exposición de motivos por los que suele exagerarse su importancia, véase Daniel B. Klein y Charlotta Stern, “Is There a Free-Market Economist in the House? The Policy Views of American Economic Association Members”, *American Journal of Economics and Sociology*, 66, abril de 2007, págs. 309-334.

completamente dominada por la ortodoxia del libre mercado. En ocasiones aparecía algún hereje, pero siempre se le silenciaba. La economía clásica, escribió Keynes en 1936, “conquistó Inglaterra de forma tan exhaustiva como la Santa Inquisición conquistó España”. Y la economía clásica sostenía que la solución para casi todos los problemas consistía en dejar a las fuerzas de la oferta y la demanda hacer su trabajo.²⁵

El propio Keynes había exagerado la situación incluso antes de 1936. En su artículo “The End of *Laissez-faire*” (1926) declaró que la doctrina del *laissez-faire* “ha sido el enfoque adoptado por todos los economistas de renombre durante los últimos cincuenta años”, aunque admitía que Alfred Marshall –a quien consideró como el economista más importante de la época– había señalado algunos casos en que “el interés individual y el social no coinciden”. En un obituario dedicado a Marshall, publicado el mismo año, Keynes hizo un retrato más acertado. Señalando la “fuerte simpatía por las ideas socialistas” de Marshall, añadió:

La demostración por parte de Marshall de que el *laissez-faire* –considerado como un principio maximizador del beneficio social– no se sostiene en ciertas condiciones teóricas, y no únicamente en la práctica, tuvo una gran trascendencia filosófica. Sin embargo, Marshall no desarrolló mucho este argumento, de modo que los avances en este campo se han dejado al alumno favorito y sucesor de Marshall, el profesor Pigou.²⁶

El papel del Estado se expandió notablemente en las economías del Reino Unido y de Estados Unidos con anterioridad a 1936, en especial durante la época progresista, la Primera Guerra Mundial y el principio del New Deal (1933-1935) en Estados Unidos. La tesis de Keynes y Krugman nos dice que esta expansión se produjo a pesar de la oposición de importantes economistas. De hecho, un gran número de ellos renegó de las ideas del libre mercado durante las cinco o seis décadas anteriores a 1936, pero ni se les relegó a los márgenes de la profesión económica

²⁵ Paul Krugman, “Who Was Milton Friedman?”, *New York Review of Books*, 54, 15 de febrero de 2007, disponible en <http://www.nybooks.com/articles/19857>. Resulta complicado cuadrar su retrato de Keynes como un crítico temprano de la economía de libre mercado con una declaración suya más reciente en la que afirma que “la derecha siempre ha interpretado la economía keynesiana como una doctrina de izquierdas cuando, en realidad, no tiene nada que ver”. Krugman, “Boms, Bridges, and Jobs”, *The New York Times*, 30 de octubre de 2011.

²⁶ Keynes, “End of *Laissez-faire*”, [1926]; Keynes, “Alfred Marshall, 1842-1924”, *Economic Journal*, 34 (1924), pág. 352. En el capítulo 13 se abordan los argumentos de Marshall y Pigou acerca de los fallos del mercado.

ni sus ideas fueron “silenciadas”. (Es cierto que la profesión siempre ha marginado a los herejes aficionados, pero más por su condición de aficionados que por sus opiniones en materia de políticas públicas.) Ely, Commons, Sidgwick, Marshall o Pigou no fueron marginados ni anulados. A esta lista podemos añadir el nombre del importante economista teórico estadounidense Irving Fisher, cuyos puntos de vista sobre las políticas públicas se resumen en la siguiente sección, y el de Fred M. Taylor, cuyo discurso presidencial de 1928 ante la Asociación Económica Americana desarrolló una propuesta para “La dirección de la producción en un Estado socialista”.²⁷

Las opiniones de Alfred Marshall e Irving Fisher sobre el *laissez-faire*

Alfred Marshall dejó clara su posición en un discurso ante economistas británicos en 1907. En esa ocasión señaló que John Stuart Mill (1806-1873), el importante economista británico del tercer cuarto del siglo XIX, “opinaba que cada diez años había nuevos motivos para aumentar el ámbito de actuación del Estado en la promoción del bienestar, algo que creía iba a funcionar bien”.²⁸ Marshall pensaba que la mayor parte de los economistas de su época estaba a favor de una expansión de la intervención pública, aunque no defendían un sistema socialista: “En general, los economistas desean que el Estado aumente su capacidad de intervención en favor de la mejora social”, aunque se oponen al grado de extensión de sus actividades que desean los colectivistas”.²⁹

Marshall creía que existían varias fuentes de influencia, entre las que incluía el creciente profesionalismo de los departamentos gubernamentales y la ideología socialista del “noble pero extraño” Robert Owen, las cuales, “combinadas con el progreso técnico, habían aumentado el ámbito de intervención pública desde la muerte de Mill en mayor grado de lo que éste pudo observar en toda su vida”. Marshall avisó de que sustituir la propiedad privada de muchas empresas por

²⁷ Fred M. Taylor, “The Guidance of Production in a Socialist State”, *American Economic Review*, 19, marzo de 1929, págs. 1-8.

²⁸ La importancia de J. S. Mill se debía a sus *Principios de Economía Política*, publicados por primera vez en 1848, que se convirtió en el principal manual de economía de la época, alcanzando siete ediciones en vida del autor y algunas más tras su muerte. El comentario de Marshall puede hacer referencia al modo en que las sucesivas ediciones del libro de Mill defendían un mayor papel para el Estado y se mostraban menos críticas con el socialismo. Hablaremos más en profundidad de Bentham y de J. S. Mill en el capítulo 7.

²⁹ Alfred Marshall, “The Social Possibilities of Economic Chivalry”, *Economic Journal*, 17, marzo de 1907, págs. 17-19.

la propiedad pública equivalía a ir demasiado lejos, aunque apoyó la gestión municipal tanto en materia de suministros públicos como de planificación urbana.³⁰ Se opuso a una distribución igualitaria de la riqueza, pero se apoyó en el utilitarismo para defender una moderada redistribución de la renta. Para Marshall, “se podía lograr un gran aumento de la felicidad y del nivel de vida si se restringen ciertos tipos de gasto que no sirven a ningún fin elevado y se destinan los recursos así liberados al bienestar de los miembros menos prósperos de las clases trabajadoras”.³¹

El alumno de Marshall y sucesor de su cátedra en Cambridge, Arthur C. Pigou, afirmó en sus influyentes libros *Wealth and Welfare* (1912) y *The Economics of Welfare* (1920) que el *laissez-faire* no maximiza el bienestar social en los numerosos casos en los que la actividad económica de un individuo produce importantes “externalidades” que afectan a otros individuos. Pigou estaba de acuerdo con la defensa que hacía Marshall de la distribución de la renta, y a favor de la nacionalización de ciertas industrias (armamento, minería de carbón y quizá también el ferrocarril).

En Estados Unidos, el historiador de la economía Hugh Rockoff opina que “no hay ninguna justificación para creer que los economistas de la década de 1920 apoyaban de manera dogmática el *laissez-faire*. Para descartar esta creencia basta un estudio superficial de la historia del pensamiento económico anterior al New Deal”. Los economistas más importantes y otros intelectuales de la Época Progresista ya habían optado por una “transformación ideológica, del extendido escepticismo acerca de la capacidad del Estado para mejorar el funcionamiento de la economía a una fe igualmente extendida en la competencia de los gobiernos”. Rockoff cree que “el New Deal fue justo lo que los doctores (de la economía) habían prescrito:

Casi todas las reformas llevadas a cabo en la década de 1930 –salario mínimo, seguridad social, subsidios de desempleo, el Civilian Conservation Corps,³² etcétera– habían sido propuestas por economistas.

Exponiendo lo que los economistas habían publicado durante ese periodo, Rockoff opina que “una abrumadora mayoría de los artículos sobre las reformas inspiradas en el New Deal publicados en las principales revistas económicas entre la Primera Guerra Mundial y 1929 era

³⁰ *Ibíd.*, págs. 22-25.

³¹ *Ibíd.*, pág. 12.

³² El Civilian Conservation Corps era un programa público que empleaba a hombres solteros y sin trabajo en tareas de conservación y desarrollo del medio rural. Formaba parte del New Deal de Franklin D. Roosevelt y funcionó entre 1933 y 1942. (*N. del T.*)

favorable a las mismas”.³³ Varios de los artículos que cita Rockoff fueron escritos por economistas institucionalistas, incluyendo a Ely, Commons y John Maurice Clark.

El mismo año (1907) en que Marshall hablaba a sus colegas economistas del rechazo que cosechaba el *laissez-faire* entre la profesión y de la aprobación que, por el contrario, suscitaba un aumento de la intervención estatal, el principal economista teórico estadounidense de principios del siglo xx difundía el mismo mensaje. Irving Fisher, de la Universidad de Yale, apuntaba con satisfacción en un artículo que llevaba por título “Why Has the Doctrine of Laissez-faire Been Abandoned?” al “paso de las doctrinas extremas del *laissez-faire* de los economistas clásicos a las modernas doctrinas de la regulación y el control social por parte del Estado” durante las décadas precedentes. Fisher atribuía este cambio a un mayor reconocimiento de dos puntos débiles de la doctrina del *laissez-faire*. En primer lugar, anticipándose a la opinión de Keynes de que los individuos que toman decisiones de forma independiente unos de otros son, a menudo, “demasiado ignorantes o débiles” para lograr aquello que es bueno para ellos, Fisher predijo que el beneficio social de una dirección por parte de expertos iba a dejar atrás el principio de dejar a los individuos tomar sus propias decisiones: “No podemos dejar que ningún dogma del *laissez-faire* nos impida controlar la ignorancia suicida”. Por ejemplo, la sociedad debía restringir las ventas y el consumo de alcohol.³⁴ Muchos economistas progresistas estaban a favor de la prohibición del alcohol y las drogas, e incluso de la eugenesia (impedir la inmigración de las “razas inferiores” y promover su esterilización para evitar el “suicidio de la raza”), como instrumentos científicos de mejora social.³⁵

³³ Hugh Rockoff, “By Way of Analogy: The Expansion of the Federal Government in the 1930s”, en Michael D. Bordo, Claudia Goldin y Eugene N. White, coords., *The Defining Moment: The Great Depression and the American Economy in the Twentieth Century*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, págs., 133, 125, 126, 134 (énfasis en el original).

³⁴ Irving Fisher, “Why Has the Doctrine of *Laissez-faire* Been Abandoned?”, *Science* (serie nueva), 25, 4 de enero de 1907, págs. 18, 20.

³⁵ Thomas C. Leonard cita declaraciones racistas y eugenésicas efectuadas por muchos economistas progresistas, incluyendo a Irving Fisher, John R. Commons, Simon Patten y Francis A. Walker, y por los socialistas fabianos Sidney y Beatrice Webb. Véase Leonard, “Eugenics and Economics”, págs. 207-224. Véase también Leonard, “American Economic Reform in the Progressive Era: Its Foundational Beliefs and Their Relation to Eugenics”, *History of Political Economy*, 41, primavera de 2009, págs. 109-141. Dennis Sewell añade a John Maynard Keynes y al fabiano William Beveridge a la lista de eugenésicos, en Sewell, “How Eugenics Poisoned the Welfare State”, *Spectator.co.uk*, 25 de noviembre de 2009, en <http://www.spectator.co.uk/essays/all/5571423/how-eugenics-poisoned-the-welfare-state.html>.

La “segunda falacia del *laissez-faire*” era la que también citaban Marshall y posteriormente Pigou, el fracaso a la hora de abordar las externalidades: “Los doctrinarios del *laissez-faire* han minusvalorado [las acciones] en que el daño a la sociedad sobrepasa el beneficio individual”. Entre otros ejemplos, Fisher citaba el escupir en las aceras (que podía dar lugar a la transmisión de enfermedades), la competición despiadada en el sector ferroviario, el inexplicable coste en recursos del patrón oro y la “competición social”, es decir, el despilfarro en que uno incurre para no ser menos que sus vecinos. No obstante, Fisher no nos dice cómo espera que el Estado acabe con la “competición social”. Estos casos ilustran “las consecuencias suicidas de seguir ciegamente el interés propio” sin tener en cuenta las externalidades.

Fisher consideraba “sorprendente” la intensidad con que habían llegado a defender los principios del libre mercado algunos de sus precursores, citando “la defensa que hacía Herbert Spencer de la libertad privada para acuñar moneda” y la opinión del temprano anarcocapitalista Gustave de Molinari de que unas fuerzas del orden privadas compitiendo unas con otras ofrecerían un mejor servicio que una policía estatal.³⁶ Al igual que Marshall, Fisher consideraba que una expansión adecuadamente concebida del papel económico del Estado constituía un prudente camino intermedio: “En la actualidad, no albergamos ninguna duda sobre los peligros de un excesivo acercamiento al socialismo; pero nada ganaremos, y más bien nos arriesgamos a perder mucho, si ignoramos o justificamos los perjuicios opuestos del individualismo”.³⁷ Fisher defendió en una etapa posterior de su carrera un impuesto progresivo sobre la renta argumentando que la ciencia económica había demostrado que un dólar adicional es menos valorado por un individuo que gana mucho que por otro que gana poco.³⁸

³⁶ *Ibíd.*, pág. 22. Fisher quizá ignoraba el hecho de que hubo más de veinte casas privadas que acuñaban monedas de oro y de plata en Estados Unidos antes de ser ilegalizadas durante la Guerra de Secesión. A pesar de su escepticismo sobre la policía privada, el número de guardias de seguridad privados sobrepasa actualmente al de oficiales de policía en Estados Unidos.

³⁷ *Ibíd.*, pág. 27.

³⁸ Irving Fisher, “A Statistical Method for Measuring ‘Marginal Utility’ and Testing the Justice of a Progressive Income Tax”, en *Economic Essays Contributed in Honor of John Bates Clark*, Nueva York, Macmillan, 1927. Otros economistas (como Oskar Lange, véase el capítulo 2) partirán del mismo supuesto de rendimientos decrecientes de la felicidad, que identificaban con la “utilidad marginal” de la teoría económica, como argumento en favor de la redistribución de riqueza para maximizar la “utilidad social” total. Lionel Robbins, por el contrario, dice en su *The Nature and Significance of Economic Science* (Londres, Macmillan, 1932) que la teoría económica no indica nada de la intensidad de la felicidad de una persona con relación a la de otra. La “utilidad

La economía global con anterioridad a 1914

Keynes, de joven, y Hayek, de niño, fueron testigos del periodo de notable crecimiento económico que acompañó a las políticas relativamente favorecedoras del libre mercado de las décadas anteriores a 1914. El telégrafo, la radio y el teléfono habían llevado a las ciudades del mundo las maravillas de la comunicación instantánea.³⁹ Unos barcos y trenes cada vez más rápidos, junto a la llegada del automóvil y del camión, intensificaron la rapidez de los viajes y el alcance del comercio. Varios autores han hablado de “la primera era de la globalización”.

En su libro de 1920 *Las consecuencias económicas de la paz*, escrito cuando todavía era más o menos un liberal clásico, Keynes evocaba con elocuencia un periodo que la Gran Guerra había hecho desaparecer:

¡Qué extraordinario episodio en el progreso económico de la humanidad fue la época que llegó a su fin en agosto de 1914! [...] Un habitante de Londres podía, mientras saboreaba su té del desayuno en la cama, solicitar por teléfono productos de todo el mundo en la cantidad que deseara y esperar su rápida entrega domiciliaria; podía, en ese mismo momento y por el mismo medio, invertir su riqueza en recursos naturales o en nuevas empresas en cualquier parte del globo, y disfrutar de los beneficios correspondientes sin problemas [...] Podía procurarse, si así lo deseaba, medios de transporte baratos y confortables hacia cualquier país o región sin necesidad de pasaporte o formalidad alguna [...] podía proveerse de la cantidad de monedas que considerara conveniente, y después partir con ese dinero en su bolsillo hacia algún país extranjero, y se hubiera considerado muy ofendido y sorprendido a la mínima interferencia. [...] Los proyectos y la política del militarismo y el imperialismo, de las rivalidades raciales y culturales, de los monopolios, restricciones y exclusión, que iban a convertirse en la serpiente de este paraíso, no eran más que pequeñas distracciones en su periódico diario, y parecían no ejercer la menor influencia en el transcurrir de su vida económica y social, cuya internacionalización era casi completa en la práctica.⁴⁰

marginal” de la teoría económica no tiene que ver con la felicidad y no puede sumarse ni admite comparaciones interpersonales.

³⁹ Para una divertida descripción del impacto del telégrafo, véase Tom Standage, *The Victorian Internet*, Nueva York, Berkley, 1999. Para una fascinante descripción del desarrollo por Marconi de la radio, mezclada con una historia real de asesinatos, véase Erik Larson, *Thunderstruck*, Nueva York, Crown, 2006.

⁴⁰ John Maynard Keynes, *The Economic Consequences of Peace*, Nueva York, Harcourt, Brace, and Howe, 1920, págs. 10-12. [Hay trad. cast.: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona, Editorial Crítica, 2002].

Con posterioridad, Hayek comentaría con nostalgia cómo la guerra dio al traste con todo aquello: “No nos dimos cuenta de lo frágil que era nuestra civilización”.⁴¹

La Ley sobre la Reserva Federal y la Primera Guerra Mundial

El curso del progreso económico anterior a 1914 no estuvo libre de interrupciones. En Estados Unidos, el pánico de 1907 sacudió el sistema financiero y bancario. El Congreso creó una Comisión Monetaria Nacional para estudiar cómo promover una mayor estabilidad financiera. Un pequeño grupo de economistas y banqueros defendió la desregulación, vinculando la débil condición del sistema bancario estadounidense y la problemática “inelasticidad” de la divisa a las restricciones que ponían los gobiernos de los Estados a los bancos para disponer de múltiples sucursales y el Gobierno federal para emitir billetes.⁴² Sin embargo, la mayor parte de los economistas y banqueros que reflexionaron sobre la cuestión defendía la creación de un banco central siguiendo el ejemplo del Banco de Inglaterra o el Reichbank alemán.⁴³ Siguiendo la estela del progresismo, la Ley sobre la Reserva Federal de 1913 amplió el margen de maniobra de las autoridades federales sobre el dinero y los bancos. En capítulos siguientes (3, 5, 11 y 12) se abordará el choque de ideas entre economistas posteriores acerca del grado en que los bancos centrales han sido beneficiosos o perjudiciales en la práctica.

Bajo el mandato del presidente Woodrow Wilson, el Gobierno federal de Estados Unidos expandió notablemente su capacidad de inter-

⁴¹ Tal como se cita en *The Commanding Heights Episode One: The Battle of Ideas*, transcripción del vídeo, disponible en http://www.pbs.org/wgbh/commandingheights/shared/minitextlo/tr_show01.html.

⁴² Entre los muchos volúmenes publicados por la comisión, Alexander Dana Noyes se encargó en especial de defender la hipótesis del debilitamiento de la regulación y la solución desreguladora en *History of National-Bank Currency*, Washington DC, Government Printing Office, 1910. Sobre el análisis subyacente al enfoque desregulador y la falta de apoyos políticos al mismo, véase George Selgin y Lawrence H. White, “Monetary Reform and the Redemption of National Bank Notes, 1863-1913”, *Business History Review*, 68, verano de 1994, págs. 205-243. Para un estudio sobre los partidarios estadounidenses del *laissez-faire* en el sector bancario a finales del siglo XIX, véase Selgin y White, “*Laissez-faire* Monetary Theorists in Late Nineteenth Century America”, *Southern Economic Journal*, 56, enero de 1990, págs. 774-787.

⁴³ Para un repaso de los debates en varios países en relación con la existencia de un banco central o bien una situación de banca descentralizada véase Vera Smith, *The Rationale of Central Banking*, Indianápolis, Liberty Press, 1990 [hay trad. cast.: *Fundamentos de la banca central y de la libertad bancaria*, Madrid, Editorial Aosta, 1993].

vención en la economía entre 1917 y 1918 para movilizar y gestionar los recursos necesarios para la participación del país en la Primera Guerra Mundial. Franklin D. Roosevelt y sus consejeros se apoyarían en este experimento de mando y control durante la Gran Depresión como precedente para las políticas del New Deal. Inmediatamente después de la guerra, el Estado se contrajo, aunque sin volver a su tamaño original, y se restauraron en gran parte los mecanismos de mercado.⁴⁴ El sucesor de Wilson, Warren G. Harding, llamo a este proceso “una vuelta a la normalidad”. Bajo el mandato del primer ministro Lloyd George, el Gobierno británico experimentó una parecida “revolución en tiempo de guerra”, aumentando el control estatal sobre la economía y eliminando los nuevos ministerios tras la guerra.⁴⁵

Las revoluciones rusas de 1917

En 1917 comenzó en Rusia un experimento más duradero de control estatal de la economía. Las huelgas y las deserciones militares obligaron al zar Nicolás II a abdicar en febrero. Los bolcheviques, liderados por Lenin, derrocaron en octubre a un Gobierno provisional relativamente liberal y se encontraron frente al reto de construir una economía estrictamente socialista inspirada en las ideas de Karl Marx. Lenin se encontró con un problema importante, y es que Marx nunca trazó un plan. Aquellos que trazaban planes para un régimen socialista ideal eran considerados socialistas “utópicos”, y Marx los había ridiculizado por sus diseños de “fantásticas imágenes de la sociedad futura”. Tanto él como su colaborador Friedrich Engels defendieron un socialismo “científico”, que criticaba al capitalismo y preveía su irremediable caída, pero que al mismo tiempo nunca decía cómo se iba a organizar la producción en el socialismo que estaba por llegar.⁴⁶

Robert Owen era el más conocido de los socialistas “utópicos”. En 1924, Owen y sus seguidores adquirieron una comunidad rural a una secta religiosa en Indiana, la rebautizaron como Nueva Armonía y procedieron a llevar a cabo en ella su experimento voluntario de agricultura colectiva. El experimento no funcionó bien. Joshua Muravchik ha señalado que “al año de haberse hecho con ella, Owen y sus mil segui-

⁴⁴ Véase Robert Higgs, *Crisis and Leviathan*, Oxford, Oxford University Press, 1987, capítulo 7.

⁴⁵ Richard Toye, *The Labour Party and the Planned Economy, 1931-1951*, Woodbridge, UK, Boydell Press, 2003, págs. 20-21.

⁴⁶ Véase David Prychitko, “Marxism and Market Processes”, en Peter J. Boettke, *The Elgar Companion to Austrian Economics*, Cheltenham, Edward Elgar, 1994, pág. 516.

dores habían convertido esta pequeña Suiza en una Albania”.⁴⁷ Otros experimentos comunitarios no religiosos durante el siglo XIX sufrieron el mismo destino.⁴⁸ Al calificar a Owen y a otros de “utópicos”, observa Muravchik, Marx y Engels

borraron este fracaso con uno de los trucos intelectuales más grandes de todos los tiempos [...] Owen y el resto de comunitaristas experimentaron realmente con sus ideas para ponerlas a prueba. La experimentación es la esencia de la ciencia, así que ellos fueron los verdaderos socialistas científicos. Marx y Engels despreciaron toda evidencia empírica, la sustituyeron por una idea que era una pura profecía y proclamaron que habían avanzado desde la utopía hasta la ciencia.⁴⁹

Marx y Engels afirmaron en *El manifiesto comunista* (1848) que “el rasgo distintivo del comunismo es [...] la abolición de la propiedad burguesa [...] En este sentido, la teoría de los comunistas puede resumirse en una sola frase: la abolición de la propiedad privada”.⁵⁰ A esta frase no seguía ninguna otra explicando qué era lo que iba a sustituir a la propiedad privada o a los mercados en los que se compra y vende esta propiedad privada. Marx rechazaba la idea de que la propiedad privada de los medios de producción es la forma más efectiva de abordar el hecho inevitable de la escasez, la insuficiencia de los medios disponibles para satisfacer todos los deseos humanos.

La escasez implica que alguien debe tomar una decisión sobre el modo en que se va a utilizar cualquier unidad de recursos, sea trabajo, maquinaria o una hectárea de tierra. La propiedad privada otorga esta capacidad a los dueños privados. Cada individuo decide por sí mismo qué trabajo escoge, y el individuo o la asociación voluntaria de individuos que ha producido o comprado una máquina o un terreno deciden

⁴⁷ Joshua Muravchik, contribución a la conferencia “Socialism: What Happened? What Now?”, 1 de mayo de 2000, transcripción disponible en <http://www.socialdemocrats.org/MayDayTranscript.html>.

⁴⁸ Sobre la variedad de experimentos, véanse John C. Harrison, *Quest for the New Moral World: Robert Owen and the Owenites in Britain and America*, Nueva York, Scribner, 1969, y Donald E. Pitzer, coord., *American's Communal Utopias*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1997. En el caso británico la referencia principal es W. H. G. Armytage, *Heavens Below: Utopian Experiments in England 1560-1960*, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1961.

⁴⁹ Muravchik, “Socialism”. Véase también Muravchik, *Heaven on Earth: The Rise and Fall of Socialism*, San Francisco, Encounter Books, 2002, pág. 342.

⁵⁰ Karl Marx y Friedrich Engels, “The Communist Manifesto”, en Nicholas Capaldi y Gordon Lloyd, coords., *The Two Narratives of Political Economy*, Hoboken, NJ, John Wiley, 2011, pág. 397.

cómo usarlos. Más allá de argumentos morales basados en los derechos individuales a la libertad y la propiedad, este tipo de organización puede defenderse en la práctica si pensamos que estas personas son las más indicadas para utilizar estos recursos de manera adecuada. La propiedad privada evita el coste de las consultas y los acuerdos entre miles de personas (excepto si la propiedad se comparte voluntariamente con miles de socios o accionistas). También genera incentivos difíciles de igualar a la hora de generar nuevos recursos y de conservar los recursos existentes. Marx despreció esta defensa de la propiedad privada afirmando que era “una equivocación egoísta que inducía (al ‘burgués’) a convertir en leyes eternas de la naturaleza y la razón las formas sociales derivadas del modo de producción y del tipo de propiedad vigentes, relaciones históricas que aparecen y desaparecen con el progreso de la producción”.⁵¹ Es decir, el papel supuestamente fundamental de la propiedad privada a la hora de producir y asignar unos recursos escasos desaparecerá cuando el capitalismo quede arrinconado por el socialismo y éste por el comunismo. *El manifiesto comunista* formulaba la siguiente profecía acerca de la producción en un régimen socialista:

Cuando durante el proceso de desarrollo hayan desaparecido las distinciones de clase, y toda la producción haya sido concentrada en manos de una amplia asociación que reúna a toda la nación [...] el proletariado [...] barrerá por la fuerza las viejas condiciones de producción [...].⁵²

Por tanto, la producción sería nacionalizada. En *El capital*, Marx añadió que la producción debía ser “regulada conscientemente” por una asociación de hombres “de acuerdo con un plan predeterminado”.⁵³ Por tanto, la producción estaría planificada. ¿Pero cómo? ¿Según qué principios iba a planificar la nación las nuevas condiciones de producción? Marx y Engels nunca lo desvelaron.

⁵¹ *Ibíd.*, pág. 399.

⁵² *Ibíd.*, pág. 403.

⁵³ Karl Marx, *Capital*, Nueva York, Modern Library, 1906, pág. 92 [hay trad. cast.: *El capital*, Barcelona, Ediciones Folio, 1997]. Citado en Peter Boettke, “The Political Economy of Utopia”, en Boettke, *Calculation and Coordination*, Nueva York, Routledge, 2001, pág. 109. El texto de Boettke describe la vinculación entre el proyecto intelectual de Marx y el proyecto político de Lenin. Véase también Boettke, *The Political Economy of Soviet Socialism: The Formative Years, 1918-1928*, Nueva York, Kluwer Academic, 1990, págs. 66-69.

Karl Marx

Karl Marx (1818-1883) nació en el seno de una familia alemana de clase media: su padre era abogado. Estudió derecho en las universidades de Bonn y Berlín, pero luego se pasó a la filosofía en la Universidad de Jena. Empezó a trabajar de periodista en Colonia en 1842 y un año más tarde se mudó a París. Allí conoció a Friedrich Engels, quien se convirtió en su patrocinador y colaborador. Juntos redactaron el *Manifiesto Comunista* en 1848. Marx se trasladó a Londres en 1849, donde se dedicó a leer y a escribir, ganando algo de dinero como corresponsal para el *New York Tribune* y, lo que es más importante, estudió las obras de David Ricardo y otros economistas clásicos. De ellos, Marx tomó dos ideas clave, la teoría del valor trabajo (que abordaremos en mayor detalle en el próximo capítulo), y el análisis de la distribución de ingresos por clases sociales (imaginando la renta nacional total como un pastel a repartir entre trabajadores, capitalistas y terratenientes). A partir de estas ideas construyó una teoría de la explotación. La renta de los capitalistas no provenía de ninguna aportación productiva, sino de un “excedente o superávit” obtenido al pagar a los trabajadores una cantidad menor al valor de lo producido por estos. Marx desarrolló sus teorías en una obra en tres volúmenes, *El capital* (1867, 1885, 1894), cuyos últimos dos volúmenes fueron publicados póstumamente bajo la edición de Engels, y en su estudio histórico de la *Teoría de la plusvalía* (escrito entre 1861 y 1863).

Vladimir I. Lenin, el líder bolchevique, fue un marxista convencido que declaró en una ocasión:

El gran mérito histórico de Marx y Engels consistió en demostrar mediante el análisis científico la inevitabilidad del colapso del capitalismo y su transición al comunismo, bajo el cual ya no existiría la explotación del hombre por el hombre.⁵⁴

Un viejo chiste nos ofrece una alternativa a la descripción leninista del comunismo: “Bajo el capitalismo el hombre explota al hombre. ¡En el comunismo las cosas serán justo al revés!”.

Decir que el comunismo es inevitable no explica el modo en que un régimen comunista va a organizar la producción. Entonces que tenían el poder, ¿qué iban a hacer los bolcheviques?

⁵⁴ Vladimir I. Lenin, “Speech at the Unveiling of a Memorial to Marx & Engels, 7 de noviembre de 1918, en *Collected Works*, vol. 28, Moscú, Progress Press, 1972, pág. 165.

La Revolución bolchevique y el debate sobre el cálculo socialista

En abril de 1919, Lenin envió cordiales saludos a los revolucionarios socialistas que acababan de tomar el poder en Múnich, instaurando la República Soviética Bávara. Basándose en su experiencia de dieciocho meses antes, al liderar la Revolución bolchevique que llevó a Rusia un Gobierno socialista, les sugirió una lista de medidas concretas a tomar, exigiendo su “aplicación inmediata y generalizada”:

Organizad consejos de obreros y siervos en distintas partes de la ciudad; armad a los obreros; desarmad a los burgueses; distribuid las reservas de ropa y otros bienes para ayudar inmediatamente a los obreros, en particular a los trabajadores de las granjas y a los pequeños campesinos; confiscad las fábricas y los bienes de los capitalistas en Múnich, así como las granjas capitalistas de sus alrededores; cancelad las hipotecas y los alquileres de los pequeños campesinos; doblad o triplicad los salarios de los trabajadores de las granjas y de los trabajadores no cualificados; confiscad todas las reservas de papel y todas las imprentas para poder imprimir panfletos y periódicos populares para las masas; introducid una jornada laboral de seis horas en la administración pública con dos o tres horas dedicadas a la instrucción; arrebatad a los burgueses de Múnich sus casas sobrantes para que los obreros puedan disponer de inmediato de viviendas confortables; confiscad todos los bancos; tomad rehenes entre las filas de la burguesía; aseguraos de que los obreros obtienen raciones más abundantes de comida que los burgueses; movilizad a todos los obreros de los pueblos vecinos para la defensa y la propaganda ideológica.¹

¹ V. I. Lenin, “Message of Greeting to the Bavarian Soviet Republic”, en *Collected Works*, cuarta edición inglesa, vol. 29, Moscú, Progress, 1972, págs. 325-326. Disponi-

La lista resume de forma concisa los planes más urgentes de Lenin para ganarse a los obreros y consolidar su poder. La ausencia de cualquier estrategia económica a largo plazo apunta al problema al que el propio Lenin se enfrentó en Moscú, y es que dado que Marx y Engels no ofrecieron pistas concretas, la política económica debía improvisarse.

Los bolcheviques se encargan de la política económica

Lenin pensaba que en el futuro, tras la llegada del comunismo, el Estado desaparecería. No obstante, durante la etapa socialista de transición del capitalismo al comunismo, sería necesario un amplio control estatal para proteger los intereses de los obreros. Tal como afirmó Boris Brutzkus, un economista agrario ruso contemporáneo de Lenin, los bolcheviques interpretaron la crítica marxista al capitalismo como un rechazo al sistema capitalista de determinación de la producción a través de los precios de mercado y como una invitación a sustituirlo por un “plan estatal único”.²

Tras su llegada al poder, los bolcheviques establecieron rápidamente un órgano de planificación centralizada al que llamaron Consejo Económico Supremo. El Consejo nacionalizó el sistema bancario en diciembre de 1917 colocando todos los bancos bajo el control del banco estatal heredado del régimen zarista. A su vez, el Gobierno soviético nacionalizó las grandes empresas industriales y cedió el control de las fábricas a comités obreros. En la primavera de 1918 el comercio exterior pasó a ser un monopolio del Estado. En otoño el Gobierno había nacionalizado incluso las pequeñas empresas, e ilegalizado por completo la iniciativa privada en materia de comercio, contratación y alquiler de tierras, y hubo incluso un intento de acabar con el dinero. Tal como apunta Peter Boettke en su historia económica del periodo, un decreto de agosto de 1918 “determinó que todas las transacciones debían llevarse a cabo por medio de apuntes contables, sin la utilización de dinero”.³ Todos los bienes debían distribuirse a través de cartillas de racionamiento. En el sector agrícola, el Gobierno soviético confiscó todo lo cultivado por los campesinos (excepto lo que se les dejaba para su propio consumo) para distribuirlo en las ciudades. En palabras del economista Jack Hirshleifer, se trató del “intento más radical de los

ble en <http://www.marxists.org/archive/lenin/works/1919/apr/27.htm>.

² Tal como lo cita Peter J. Boettke, *The Political Economy of Soviet Socialism: The Formative Years, 1918-1928*, Boston, Kluwer Academic, 1990, pág. 31.

³ *Ibíd.*, pág. 65.

tiempos recientes por acabar con el sistema de propiedad privada y las compraventas voluntarias”.⁴

El resultado fue desastroso. En ausencia de un sistema de precios para coordinar los planes económicos, “cada fábrica se parecía a un teléfono al que se hubieran cortado los cables”, según la acertada comparación de Leon Trotsky.⁵ Hacia 1920, la producción industrial rusa había descendido hasta menos de una quinta parte de su nivel de 1916. En el campo, los campesinos comenzaron a rebelarse en contra de las confiscaciones. También empezaron a cultivar menos y a esconder lo que cultivaban. En las ciudades, la falta de comida y otros bienes era tan severa que muchos se marcharon al campo para evitar el hambre. Las hambrunas y el éxodo masivo redujeron a la mitad la población de Petrogrado (San Petersburgo) y de Moscú en los dos años siguientes a la toma del poder por parte de los bolcheviques. Los obreros iniciaron huelgas de protesta. Los soldados y marineros hambrientos se rebelaron.⁶

En 1921 Lenin dejó de lado unas políticas que pasó a calificar de “comunismo de guerra” y a las que se refería como simples medidas de emergencia necesarias en la guerra civil que los rojos mantenían frente a la resistencia de los contrarrevolucionarios blancos. Este cambio de nombre por parte de Lenin ocultaba el hecho de que la urgencia o la necesidad no habían sido los únicos motivos para la aplicación de estas políticas. Los bolcheviques habían llevado a cabo un serio esfuerzo por crear una economía sin mercado. Las medidas de abolición de los mercados siguieron multiplicándose, y acabaron con los últimos reductos de iniciativa privada incluso después de la derrota de la resistencia en 1920.⁷ Lo que siguió a la eliminación de estos reductos que previamente habían escapado a su control fue el colapso total de la economía.

Viena 1920

En los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial, la expansión de la ideología marxista-leninista no se detuvo en la frontera rusa, sino que

⁴ Jack Hirshliefer, *Economic Behavior in Adversity*, Chicago, University of Chicago Press, 1987, pág. 15.

⁵ Tal como lo cita Paul Gregory, *Before Command: An Economic History of Russia from Emancipation to the First Five-Year Plan*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1994, pág. 99.

⁶ Para un resumen del periodo véase Boettke, *The Political Economy of Soviet Socialism*, págs. 63-111, y Hirshliefer, *Economic Behavior in Adversity*, págs. 15-23.

⁷ Sobre el periodo de la NPE véase Alan M. Ball, *Russia's Last Capitalists: The Nephews, 1921-1929*, Berkeley, University of California Press, 1990.